

Orígenes

HOMILÍAS SOBRE ISAÍAS

## HOMILÍA I

*Primera visión: «Sucedió que, en el año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre el trono excelso»<sup>1</sup>*

1. Mientras el rey Ozías estuvo vivo, el profeta Isaías no pudo tener la visión. Pues Ozías era un pecador que hacía lo malo ante el Señor y actuaba contra la voluntad de la ley divina<sup>2</sup>. Ingresó al Templo y al Santo de los santos, y por esto se esparció la lepra en su frente, al punto que, saliendo fuera de la ciudad, llegó a ser contado entre los impuros<sup>3</sup>.

Es necesario, entonces, que muera ese príncipe del alma para que podamos tener la visión de Dios<sup>4</sup>; puesto que no en vano está escrito: *Sucedió que, en el año en que murió el rey Ozías, vi al Señor*<sup>5</sup>. Si para cualquiera de nosotros vive Ozías o el Faraón, no *gemimos* al realizar las obras de Egipto; pero, si muere, entonces *gemimos*, tal como está escrito en el Éxodo<sup>6</sup>. Si Ozías vive, no vemos la gloria de Dios; pero si muere, entonces vemos la gloria de Dios tan pronto como muera Ozías. Esto sucede para que reine en nosotros la Palabra que dijo: *Yo he sido constituido rey por Él*<sup>7</sup>,

y no que reine la ira<sup>8</sup>. En efecto, también existe un rey del pecado. Sabiendo esto, el Apóstol dice: *Que no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal*<sup>9</sup>. Miserable aquel hombre en quien reina el pecado, que se entrega a tal rey, despreciando el reino de Dios y subyugándose al placer. Por esto, el amante del placer no es amante de Dios, y, según el Apóstol, se afirma acerca de ellos: *Que aman más el placer que a Dios*<sup>10</sup>. Sin duda, esto no se dice de aquellos que son totalmente infieles, sino de aquellos que viven en el interior [de la Iglesia], *amando más el placer que a Dios, que tienen la apariencia de piedad, pero que niegan su virtud*<sup>11</sup>. Esto acerca de la muerte del rey Ozías, después de cuyo deceso, el profeta dice que tuvo la visión.

Pero, ¿en qué consiste esta visión? *Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado*<sup>12</sup>. No todo el que ve al Señor, lo ve sentado sobre un trono excelso y elevado. Sé de otro profeta que vio al Señor, y lo vio sentado sobre un trono, pero ni excelso ni elevado. Explicando la escritura, Daniel dice: *Fueron establecidos unos tronos*<sup>13</sup>, pero aquel trono no era excelso, y además: *Vendré para sentarme a juzgar al pueblo en el valle de Josafat*<sup>14</sup>. Luego, aquí se sienta en el valle, y está en el valle con los que serán juzgados y con los que serán condenados; pero otra cosa es verlo sentado sobre el trono excelso y elevado<sup>15</sup>. También en Miqueas,

*Dios salió y descendió*<sup>16</sup>; descendió también para ver Sodoma: *Descendiendo* –dice– *examinaré si efectivamente han actuado en correspondencia con su queja que llegó hasta mí*<sup>17</sup>. Pues bien, Dios a veces es visto arriba y a veces abajo, de acuerdo con la dignidad de los asuntos<sup>18</sup>. Dice entonces Isaías: *Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado*. Si veo a Dios rigiendo a los que están aquí [abajo], no lo veo sobre un trono excelso y elevado; si lo veo rigiendo las potencias celestiales, lo veo sobre un trono excelso y elevado. ¿A qué me refiero con potencias celestiales? Los *tronos, dominaciones, principados, potestades* son las potencias celestiales<sup>19</sup>. Y si veo cómo Él las rige con la Palabra, entonces, *vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado*<sup>20</sup>.

*Y la Casa [estaba] llena de su gloria*<sup>21</sup>. Arriba, donde su trono está elevado, la Casa está llena de su gloria. No creo que esta casa, la que está en la tierra, esté llena de gloria. *Del Señor es la tierra y su plenitud*<sup>22</sup>, sin embargo, no encontrarás la plenitud de la gloria de Dios en lo presente. Pero, si alguno edificara un templo para Dios, verá la gloria de Dios;

y si alguien observa lo que se ha dicho, la casa se verá llena de la gloria de Dios. Pero no sé si de este modo la gloria de la casa alcance su plenitud. También en el Levítico se leerá, si Dios lo concede, que el Señor prescribe ciertas acciones para que se vea la gloria del Señor<sup>23</sup> (no todavía en el pasaje de hoy, sino en el de una próxima asamblea<sup>24</sup>). Nunca aparecerá la gloria de Dios, si no se realizan estas [acciones], pero, cuando sean leídas, las comprenderemos<sup>25</sup>.

2. *Y los serafines estaban de pie en torno a Él, de seis alas uno, y de seis alas el otro*<sup>26</sup>. Veo dos serafines y que cada uno de ellos en sí mismo tiene seis alas. Luego, la disposición de las alas: *Y con dos alas cubrían el rostro*, no el propio, sino el de Dios, *con dos alas cubrían los pies*, no los propios, sino los de Dios, y *con dos alas volaban*<sup>27</sup>. De acuerdo a la letra, parece contradictorio consigo mismo: si estaban de pie no podrían volar<sup>28</sup>. Pero está escrito: *Estaban de pie en torno a Él, de seis alas uno y de seis alas el otro; y con dos alas cubrían el rostro, con dos alas cubrían los pies, con dos alas volaban, y clamaban el uno al otro*<sup>29</sup>.

De hecho, estos serafines, que están de pie en torno a Dios, y que, por el solo conocimiento, dicen: *¡Santo, Santo, Santo!*, conservan el misterio de la Trinidad, precisamente porque también ellos son santos; no hay nada más santo que ellos entre todo lo que existe. Y no dicen débilmente el uno al otro: *¡Santo, Santo, Santo!*, sino que, en alta voz, proclaman la confesión salvífica para todos. ¿Quiénes son estos dos serafines? Mi Señor Jesús y el Espíritu Santo<sup>30</sup>. «No pienses que se divide la naturaleza de la Trinidad cuando se tiene en cuenta las funciones de los nombres»<sup>31</sup>.

Cubrían el rostro de Dios, puesto que el origen de Dios es desconocido; y también cubrían los pies, pues, ¿qué se comprende por lo final en nuestro Dios? Solamente se ven las [realidades] medias. Desconozco las que fueron antes que éstas; comprendo a Dios a partir de las que son; y desconozco las que serán después de éstas, por el hecho que son futuras. ¿Quién lo proclamó?, dice el Eclesiastés<sup>32</sup>; e Isaías dijo: *Anunciadme lo anterior y lo que será al final, y diré que sois dioses*<sup>33</sup>. A partir de esto: si alguien declarara lo pasado y pudiera exponer lo final, entonces es Dios. Pues, ¿quién puede decir [esto] fuera de los serafines?, ¿quién pue-

de decir *¡Santo, Santo, Santo!* fuera de los serafines? En efecto, por así decirlo, desvelaron una parte de Dios, su [parte] media, y clamaban el uno al otro, en presencia de Dios, diciendo: *¡Santo, Santo, Santo!*

Pues bien, están de pie y se mueven; están de pie, con Dios, y se mueven revelando a Dios. Comprende, en efecto: dado que cubren el rostro y cubren los pies, ni mueven lo que está cubierto, ni cubren lo que vuela<sup>34</sup>.

Y dicen: *¡Santo, Santo, Santo, Señor Sabaot, llena está toda la tierra de su gloria!* Se anuncia la venida de mi Señor Jesucristo<sup>35</sup>, pues ahora *¡llena está toda la tierra de su gloria!* O más bien, todavía no está llena, pero llegará a estar repleta cuando se cumpla la oración con que el Señor en persona nos mandó orar al Padre: *Cuando oréis, decid: Padre nuestro, que estás en los cielos, ¡santificado sea tu nombre! ¡Venga tu reino! ¡Hágase tu voluntad, como en el cielo también en la tierra!*<sup>36</sup>. Hasta ahora, la voluntad del Padre se realiza en el cielo, pero aún su voluntad no se cumple en la tierra. Y el propio Jesús, de acuerdo a la economía de la carne que había asumido, dice: *Me ha sido dado todo poder, tanto en el cielo como en la tierra*<sup>37</sup>. No es que aquel que tenía poder en el cielo no lo tuviese en la tierra, o que el que *vinó a lo suyo* recibiera algo del mundo<sup>38</sup>, sino que el hombre Cristo recibió el poder que antes no tenía, para que sea creído Dios en la tierra del mismo modo como lo era en el cielo. Y hasta el presente, aún no

tiene *poder en la tierra* sobre todos. De hecho, aún no reina en aquellos que pecan, pero cuando le sea dado poder también sobre ellos, cuando todas las cosas le serán sometidas, entonces el poder llegará a plenitud y recorrerá sometiendo a sí todas las cosas<sup>39</sup>. Pero algunos todavía no quieren someterse a Él; en realidad, hasta ahora están sometidos a sus enemigos. Nosotros, en adelante, digamos: *¿No se someterá acaso mi alma a Dios? Pues, junto a Él está mi salvación*<sup>40</sup>.

3. *Y con dos [alas] volaban, y se decían el uno al otro: «¡Santo, Santo, Santo, Señor Sabaot, toda la tierra está llena de su gloria!». Y se elevó el dintel por la voz que clamaba*<sup>41</sup>. Por la voz de Jesucristo y por la voz del Espíritu Santo. Si alguno de nosotros escuchara la voz de Jesucristo y del Espíritu Santo que clama, se elevará el dintel, y se volverá más alto que en el tiempo que se elevó y cuando se dijo: *Levantad, príncipes, vuestras puertas, elevad las puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria*<sup>42</sup>.

4. *Y la casa se llenó de humo*<sup>43</sup>. Por causa de la remisión, toda la casa se llenó del fuego. El humo, en efecto, es vapor de fuego. *Y dije: «Oh mísero de mí, puesto que estoy compungido, porque siendo hombre tengo labios impuros»*<sup>44</sup>. No logro darme cuenta por qué Isaías se habrá humillado a sí mismo; sin embargo, la Escritura afirma y da testimonio que sus labios fueron purificados por un Serafín que fue enviado a quitar sus pecados. Uno de los serafines es mi Señor Jesucristo, que fue enviado por el Padre a quitar nuestros pecados. Y dice: *He aquí que quité tus iniquidades y*

*purifiqué totalmente tus pecados*<sup>45</sup>. «No consideres una injuria contra la naturaleza [divina] si el Hijo es enviado por el Padre. Además, para que conozcas la unidad de la divinidad en la Trinidad: en la presente lectura, sólo Cristo perdona ahora pecados y, en efecto, es cierto que los pecados son perdonados por la Trinidad; pues, el que cree en uno, cree en todos»<sup>46</sup>.

Entonces, me sea traída una tenaza del altar celeste, para que toque mis labios. Si la tenaza del Señor tocara mis labios, los purificaría. Y si los purificara y circuncidara los vicios, como acabamos de decir, se abriría mi boca a la Palabra de Dios y nunca más saldría palabra inmunda de mi boca, puesto que siendo hombre, *tengo labios impuros y habito en medio de un pueblo de labios impuros*<sup>47</sup>.

El Serafín que fue enviado purificó los labios del profeta, pero no purificó los labios del pueblo. Él mismo ha confesado que tiene labios impuros y que habita en medio de un pueblo que tiene labios impuros. Pero el Serafín que fue enviado no juzgó, respecto del pueblo, que fuesen dignos de esto: que fuesen purificados también los labios de ellos. Y por esta razón, hasta ahora, obran impiamente; por eso hasta ahora rechazan a mi Señor Jesucristo, hasta ahora, con labios impuros, lo maldicen<sup>48</sup>. Yo, en efecto, ruego que viniendo el Serafín, purifique mis labios.

5. *Y vi con mis ojos al Rey, al Señor Sabaot*<sup>49</sup>. ¿Qué nos impide declarar ahora una cierta tradición de los judíos<sup>50</sup>, verosímil pero no verdadera?, ¿qué nos impide que encontremos su solución? Dicen que por esto Isaías fue aserrado por el pueblo<sup>51</sup>: como trasgresor de la ley y predicador [de algo] ajeno a las Escrituras. En efecto, la Escritura dice: *Nadie verá mi rostro y vivirá*, e Isaías, por el contrario, dice: *Vi al Señor Sabaot*<sup>52</sup>. Dicen: *Moisés no vio, ¿y tú viste?* Y por esto lo aserraron y lo condenaron como impío, puesto que no sabían que los serafines ocultaban el rostro de Dios con dos alas. *Vi al Señor*. Si Isaías vio el rostro, también [lo] vio Moisés. Según está escrito, Moisés vio las espaldas, pero *vio al Señor*, si bien no vio su rostro. También él, en efecto, vio, a pesar de que no vio el rostro. Por consiguiente, condenaron erróneamente al profeta.

*Y vi con mis ojos al Rey, al Señor Sabaot; y me fue enviado uno de los serafines*<sup>53</sup>. No hay una única venida por la que mi Señor Jesucristo desciende a la tierra: también vie-

ne a Isaías, también viene a Moisés, también viene al pueblo y viene a cada uno de los profetas. Y tú no temas: aunque ya ha sido recibido, nuevamente vendrá<sup>54</sup>. En efecto, [para probar] que ha venido incluso antes de su presencia en carne, tómalo a Él mismo como testigo cuando se lamenta y dice: *¡Jerusalén, Jerusalén! Que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos!*<sup>55</sup>. *¡Cuántas veces quise!* No dice: *No te vi sino en esta venida*, sino que dice: *¡Cuántas veces quise!* Y, dirigiéndose por medio de cada uno de los profetas, dice: *¡Era yo, Cristo, que hablaba por los profetas!* Pero tú no temas: también ahora es enviado Jesucristo. No miente: *Estoy con vosotros –dice– todos los días, hasta el final de los siglos*<sup>56</sup>; no miente: *Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, estoy yo también en medio de ellos*<sup>57</sup>. En efecto, pues Jesucristo está pronto y presente, y está preparado y revestido como Sumo Sacerdote para ofrecer al Padre nuestras peticiones, ofrezcamos, de pie, sacrificios al Padre, por medio de Él. Pues, *Él es la víctima de propiciación por nuestros pecados*<sup>58</sup>, a quien es la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. ¡Amén!

## HOMILÍA II

«*He aquí, que una virgen concebirá*»

1. En cuanto concierne a la letra, Ajaz actuó con discreción cuando se le ordenó que pidiera *un signo hacia lo bajo o hacia lo alto*<sup>2</sup>. Incluso repuso la razón por la que no quería hacer la petición, dice, en efecto: *no pediré y no tentaré al Señor*<sup>3</sup>. Y, sin embargo, por esta discreción se le culpa y se le dice: *Escucha, ahora, Casa de David: «Si no es poco para vosotros combatir a los hombres, ¿cómo combatís al Señor?»*<sup>4</sup>. Luego, se le da esta promesa: *Por esto, el Señor mismo os dará un signo: he aquí, que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le darás el nombre de Emmanuel*<sup>5</sup>. Nos sean explicadas estas cosas y examinaremos las que quedan, necesitados de la gracia de Dios para que también ellas nos sean aclaradas<sup>6</sup>. No se le ordena [a Ajaz] que simplemente pida un signo, sino [que lo pida] *para sí mismo*; pues la palabra dice: *Pide para ti un signo del Señor tu Dios, hacia lo bajo o hacia lo alto*<sup>7</sup>. ¡El signo prometido es mi Se-

ñor Jesucristo!<sup>8</sup>. Éste es, en efecto, el signo que se le ordena que pida para sí, *hacia lo bajo o hacia lo alto*. *Hacia lo bajo*, ciertamente, porque es Él el que desciende; también *hacia lo alto*, porque es Él el que asciende por encima de todos los cielos<sup>9</sup>.

Pero, a mí, en nada me beneficia este signo prometido *hacia lo bajo y hacia lo alto*, mi Señor Jesucristo, si no se vuelve, para mí, un misterio acerca de lo bajo y de lo alto de Jesucristo<sup>10</sup>. En efecto, cuando yo acepte el misterio acerca de Cristo Jesús, acerca de lo bajo y de lo alto<sup>11</sup>, entonces acogeré el signo de acuerdo al mandato del Señor, y me será dicho a mí, como a uno que posee en sí mismo [a Cristo], *hacia lo bajo y hacia lo alto*: *No digas en tu corazón: «¿Quién subirá al cielo?»*, es decir, *para hacer bajar a Cristo*. O bien: *«¿Quién bajará al abismo?»*, es decir, *para hacer subir a Cristo de entre los muertos*. *Cerca de ti está la poderosa Palabra, en tu boca y en tu corazón*<sup>12</sup>.

Luego, se nos prescribe a todos nosotros que pidamos este signo para nosotros, para que nos sea provechoso el signo que da el *Señor Dios, hacia lo bajo y hacia lo alto*. Pero si hay alguno que sepa aprovechar la contemplación racional, reconozca que la frase *hacia lo bajo y hacia lo alto* no ha sido dicha de modo disyuntivo: pues significa que puede [pedir] ambos. *Pide para ti mismo el signo al Señor, hacia lo bajo y hacia lo alto*<sup>13</sup>. Sin embargo, en la promesa, el Apóstol dijo: *para que conozcamos lo bajo y lo alto; tanto la anchura como la longitud*<sup>14</sup>.

Y dice Ajaz: «*No lo pediré*»<sup>15</sup>. Fue incrédulo, pues [Dios] dijo: *Pide para ti mismo*. Y el pueblo hasta hoy no pide el signo, por ello no lo tiene, y combate al Señor, el pueblo que no acepta a mi Señor Jesucristo.

Luego sigue otra dificultad: a aquel que dice *no pediré y no tentaré al Señor* y considera que es una tentación pedir el signo, [Dios] le dice: *Escucha, ahora, Casa de David: si no es poco para vosotros combatir a los hombres, ¿cómo combatís al Señor?*<sup>16</sup>.

Pero no combate a Dios, ni creo tampoco que combata a los hombres, aquel que pide un signo hacia lo bajo o hacia lo alto. Puesto que el combate de Dios consiste en cómo salva al hombre. En efecto, no combate al Señor el que se refugia en la salvación; por el contrario, combate al Señor el que, mientras el Señor se esfuerza por salvar al hombre, huye de la salvación y se retira lejos del Señor<sup>17</sup>.

Por esto, el Señor mismo os dará un signo: *He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarás con el nombre de Emmanuel*<sup>18</sup>. El texto correcto de los ejem-

plares de este profeta dice: *Llamarás*. Ahora bien, en Mateo sabemos que se suele leer *lo llamaréis con el nombre de Emmanuel*<sup>19</sup>. No podemos decir que sea necesario subestimar en algo al profeta. Pero, ¿de qué modo el evangelio contiene esta escritura? ¿Acaso por causa de alguno que no comprendió y que recurrió a lo más fácil, tal como también ha sucedido en otros muchos [pasajes], o bien, como quizá afirmo alguno, el evangelio desde el principio fue redactado así?<sup>20</sup> ¡Delibere, el que quiera! Sin duda, el profeta dice explícitamente: *Lo llamarás con el nombre de Emmanuel*. Alguno leyendo al inicio de las escrituras del Nuevo Evangelio: *Lo llamarás con el nombre de Emmanuel*, se preguntó a sí mismo: ¿qué quiere decir llamarás?, ¿quién llamará?, ¿Ajaz? Pero, ¿cómo puede Ajaz escuchar *lo llamarás con el nombre de Emmanuel*, referido al Salvador, que vino muchas generaciones después, y así, en vez de «llamarás», escribió «llamarán»? Pero fíjate que *lo llamarás con el nombre de Emmanuel* no se le dice a Ajaz, sino a la Casa de David. Fíjate que está dicho explícitamente: *Escucha, ahora, Casa de David: «Si no es poco para vosotros combatir a los hombres, ¿cómo combatís al Señor? Por esto, el mismo Señor dará a vosotros un signo: he aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarás con el nombre de Emmanuel»*. Por consiguiente, cuando no entendemos lo que se ha dicho [en la Escritura], ni lo corriamos, ni optemos por lo más fácil, sino que esperemos para que la gracia de Dios nos sugiera, por la iluminación del conocimiento, la explicación de

las dificultades; o bien, al menos, por medio de quien quiera, la gracia de Dios nos ilumine nuevamente para que ya no investiguemos, sino que nuestra dificultad sea resuelta<sup>21</sup>. Pero si queremos obtener la comprensión sin Dios, rápidamente nosotros mismos nos lamentaremos.

Entonces, ¿qué es la Casa de David? Si David es Cristo, como lo he probado frecuentemente, la Casa de David, somos nosotros, la Iglesia de Dios. Y nos es dicho a nosotros, que somos la Iglesia, que no opongamos al Señor el ya mencionado combate, sino que acojamos aquel signo que nos ofrece el Señor. Estas cosas han sido dichas no a la Casa de David, sino a nosotros<sup>22</sup>. Y es profetizado que si alguno es Casa de David, *lo llamará con el nombre de Emmanuel*. Pues, en la última venida de Cristo, sólo nuestra Iglesia dice en referencia a Cristo: *Dios con nosotros*. Habiendo explicado estas cosas, ya que recibimos la gracia del Señor, investiguemos otras cuestiones difíciles.

2. *Comerá manteca y miel*<sup>23</sup>. ¿En qué sentido es profetizado que debía comer manteca y miel? Y si, por gracia del Señor, esto fuera aclarado, aquellas cosas que siguen, una vez más, nos suscitarían otras dificultades. Ojala que todos cumpliéramos aquello que está escrito: *¡Escrutad las Escrituras!*<sup>24</sup>.

Muchas veces, en las Escrituras, con las comidas corporales son nombrados los alimentos espirituales. *Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual sin engaño*<sup>25</sup>. Entonces, sin duda se trata de leche espiritual y es necesario que nosotros busquemos este tipo de leche. Otra vez, en Proverbios, está escrito acerca de la miel: *Cuando encuentres miel, come lo que necesites, no sea que repleto, vomites*<sup>26</sup>. ¿Acaso se preocupa el Espíritu Santo de esta miel que conocemos para que no comamos demasiada? Pero, por cierto, conociendo el Espíritu Santo la miel espiritual dice: *Cuando encuentres miel, come lo que necesites*. ¿En qué pensaba el Espíritu Santo cuando nos ordenó que si encontramos miel, supuesto que esa miel se puede encontrar, comiéramos lo necesario? *Dirígete a la abeja –dice– y aprende cómo es de laboriosa*<sup>27</sup>, y descubrirán que las abejas son los profetas: hacen la cera y elaboran la miel. Y si, al audaz de mí, le es permitido hablar: los panales son sus Escrituras que nos legaron. Si quieres, ven a las Escrituras y encontrarás miel, y además come la miel. También en Proverbios dice nuevamente: *Bueno es el panal que endulza tu boca*<sup>28</sup>. ¿Piensas acaso que el Espíritu Santo dice: *Come la miel común*<sup>29</sup>, *pues es buena*? Yo no me atrevo a decir que el Espíritu Santo, acerca de la miel corporal, me manda: *¡Come miel!*<sup>30</sup>. Puede ser que no tenga, o que posea tal naturaleza que no pueda comer miel. ¿Con qué razón me dice: come

miel, y no come carne, sino come miel, hijo, pues es buena? Cuando veas a las abejas profetas y su obra, la miel y los panales, entonces verás de qué modo, debes entender de acuerdo a la dignidad del Santo Espíritu: *Come miel, hijo, pues es buena*. Si alguno medita los dichos divinos y se nutre de las palabras de las escrituras cumple el precepto que manda: *Come miel, hijo*, y realizando lo que ha sido mandado, hace suya la siguiente expresión: *Pues, es buena*, porque esta miel es buena: la que se encuentra en las Escrituras.

Lo que se dice: *Dirígete a la abeja*, se dice de este modo. Hay una cierta abeja, por así decirlo, sobre las abejas; y del mismo modo como entre las abejas hay un cierto rey, que es nombrado para ser rey, así también el príncipe, ante mi Señor, es Jesucristo, al cual me envió el Espíritu Santo para que coma miel, pues es buena, y a sus panales, para endulzar mi boca. Y, tal vez, para los más agudos, los panales serán las letras y la miel es la comprensión [espiritual] que hay en ellas<sup>31</sup>.

Ahora bien, este Emmanuel, que nació de la Virgen, come manteca y miel, y busca, de cada uno de nosotros, manteca para comer. La palabra nos enseñará de qué modo busca manteca de cada uno de nosotros. Nuestras obras agradables, nuestras palabras amables y útiles son la miel que come el Emmanuel, que come aquel que nació de la Virgen. Si, por el contrario, nuestras palabras están llenas de amargura, de ira, de animosidad, de aflicción, de grosería, de vicios, de rivalidad, dio amargura en mi boca<sup>32</sup>, y el Salvador no come de esas palabras.

Pero, si las palabras de ellos fuesen miel, el Salvador come de las palabras propias de los hombres. Confirmemos esto a partir de las Escrituras: *He aquí que estoy ante la puerta y llamo, si alguno me abre la puerta, entraré con él y cenaré con él, y él conmigo*<sup>33</sup>. En efecto, Él mismo promete que va a cenar con nosotros de lo nuestro. Y además es cierto que también nosotros cenamos con Él, si nos alimentamos de Él<sup>34</sup>. Puesto que comiendo de nuestras buenas palabras, obras e inteligencia, [el Salvador] nos nutre con sus alimentos espirituales, divinos y superiores. Por esto, ya que es muy bueno recibir al Salvador, teniendo abiertas las puertas de nuestro principio rector<sup>35</sup>, preparémosle mieles y toda su cena, para que Él mismo nos conduzca a la gran cena del Padre en el Reino de los cielos, que está en Cristo Jesús<sup>36</sup>, de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. ¡Amén!

## HOMILÍA III

### *Acerca de las «siete mujeres»<sup>1</sup>*

1. Siete mujeres son injuriadas y rondan buscando uno que las reciba y pueda quitar su injuria. Las siete mujeres prometen que comerán su propio pan y vestirán sus propios vestidos. No tienen necesidad del pan de aquel que les quite su injuria, ni necesitan los vestidos del hombre que toman para sí. Tienen mejores vestidos que los que el hombre les puede ofrecer; y tienen alimentos más ricos que lo que la condición humana puede conceder. Conviene examinar de quién son estas siete mujeres y cuál es su injuria.

Las siete mujeres son una: son el espíritu de Dios. Y esta única son siete: pues el espíritu de Dios es espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y piedad, espíritu de temor del Señor<sup>2</sup>.

Esta sabiduría es injuriada por los muchos sabios que se levantan contra ella; esta auténtica inteligencia soporta injurias por las falsas inteligencias; este gran consejo es injuriado por los malos consejos; esta fuerza es maldecida por una que, sin ser fuerza, promete que ella es fuerza; este conocimiento es injuriado por parte de un cierto mal llamado conocimiento, que le roba su nombre<sup>3</sup>; esta piedad es injuriada por aquella que, aún autodenominándose piedad, es impiedad e instruye a los impíos; este temor es injuriado por parte de aquel supuesto temor, pues muchos prometen el temor divino, pero no temen de acuerdo al conocimiento.

Examinemos, entonces, de qué modo estas siete son injuriadas. Mira la sabiduría de este siglo, mira la sabiduría de los príncipes de este mundo<sup>4</sup>, de qué modo injurian la Sabiduría de mi Cristo, de qué modo injurian la Sabiduría del verdadero judaísmo, de acuerdo al cual nosotros somos circuncidados espiritualmente, mientras ellos [los judíos] se mutilan<sup>5</sup>. Comprende, pues, de qué modo la sabiduría de este siglo y los príncipes de este mundo maldicen a la Sabiduría, y por esto busca al hombre que esté con estas siete mujeres espirituales para quitarles su injuria.

Sólo uno es el hombre que les quita su injuria. ¿Quién es este hombre? Es Jesús, que de acuerdo a la carne surgió de la raíz de Jesé: *Nacido de la semilla de David, según la carne, predestinado Hijo de Dios con poder según el espíritu de justificación*<sup>6</sup>.

*Salió –pues– una vara de la raíz de Jesé*<sup>7</sup>. La Vara no es el Primogénito de toda criatura, la vara no es el que en el principio estaba junto a Dios, el Dios Verbo, sino la vara de la raíz de Jesé, que nació según la carne<sup>8</sup>. En efecto, salió una vara de la raíz de Jesé y surgió una flor de su raíz. ¿Quién es esta flor y quién es esta vara<sup>9</sup>? Ambos, en efecto, son uno sólo, en el mismo sustrato, pero la diferencia pertenece a las funciones<sup>10</sup>. Puesto que, si eres pecador, para ti no es flor, ni verás la flor que es de la raíz de Jesé; pues viene también a ti como vara, tal como el discípulo habla de vara y de flor. Respecto de la vara, dice: *¿Qué queréis?, ¿que venga a vosotros con la vara?*, y respecto de la flor: *¿O con el amor de Dios y el espíritu de mansedumbre?*<sup>11</sup>. Salió, en efecto, de la raíz de Jesé como vara para aquel que es castigado con suplicios, como vara para aquel que necesita reprehensión, como vara para aquel que tiene necesidad de ser refutado; pero como flor para aquel que ya está instruido y no requiere una dura corrección o, por lo menos, no requiere castigos, sino que ya puede comenzar a florecer para dar un fruto perfecto. Pues, primero se le muestra como flor, luego, después de la flor, la vara se vuelve fruto<sup>12</sup>.

*Salió una vara de la raíz de Jesé, y surgió una flor de su raíz*<sup>13</sup>. Y permanecerán las siete mujeres: el espíritu de Dios,

el espíritu de sabiduría e inteligencia permanece sobre Él<sup>14</sup>. El espíritu de sabiduría, en efecto, no permaneció sobre Moisés; el espíritu de sabiduría no permaneció sobre Josué de Navé; el espíritu de sabiduría no permaneció en ninguno de los profetas, ni en Isaías ni en Jeremías.

2. Pero no me lapidéis como a un blasfemo cuando quiero glorificar a mi Señor Jesucristo<sup>15</sup>; al contrario, perseverando, examinad lo dicho y veréis que en ninguno de ellos ha permanecido el espíritu; no es que no haya venido a ninguno, sino que en ninguno ha permanecido<sup>16</sup>. Vino sobre Moisés, y Moisés, después que había venido el espíritu de Sabiduría a él, no cree: dice, en efecto: *Escuchad, obstinados, ¿acaso de esta piedra puedo sacar agua para vosotros?*<sup>17</sup>.

Viene sobre todos los justos, viene también sobre Isaías. Pero, ¿qué dice? *Tengo labios impuros y habito en medio de un pueblo que tiene labios impuros*<sup>18</sup>. Viene el espíritu de sabiduría después de aquella brasa y del fuego; viene al que tiene labios impuros, pero no permaneció [en él]. Sin duda se valió de él como ministro, pero no permaneció. Es afligi-

do por cualquier hombre al que viniera, pues todo hombre peca: *No hay un justo sobre la tierra, que haga el bien y no peque*<sup>19</sup>; *ninguno sin mancha de suciedades, ni siquiera si su vida es sólo un día y sus meses están numerados*<sup>20</sup>.

En efecto, [el espíritu] sobre ninguno permanece. Podemos probar, también a partir del Evangelio, que el espíritu vino sobre muchos pero no permaneció en ellos. Hace poco se leyó: *No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre*<sup>21</sup>. No dice: «no estará», sino «no permanecerá». Juan [Bautista] vio sólo a uno en quien permaneció, y esto era un signo: *Sobre aquel que veas el Espíritu descender y permanecer sobre Él, éste es el Hijo de Dios*<sup>22</sup>.

Alguno, gracias al espíritu que descendió [sobre él], sirvió al Verbo de Dios, pero poco después peca, y poco después dice una palabra ociosa<sup>23</sup>. Pero no sé si permanece sin pecado. ¿O crees que, estando presente el espíritu, es posible pecar? Sobre ninguno el Espíritu de Dios permanece, de acuerdo a lo que está escrito: *Salió una vara de la raíz de Jesé y surgió una flor de su raíz, y permanece sobre Él el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría, espíritu de inteligencia, espíritu de consejo y fuerza*<sup>24</sup>. Por esto, el del gran Consejo es un ángel, por esto prevalece y, prevaleciendo, asciende, y las potencias se admiran del que asciende y dicen de Él: *Éste es el Señor fuerte y potente en la batalla*<sup>25</sup>. Acerca de és-

te que asciende a los cielos y de su fuerza, debo decir: *Ha reposado sobre Él el espíritu de consejo y fuerza; mi fuerza y mi alabanza es el Señor, y se ha vuelto salvación para mí*<sup>26</sup>. En efecto: *Sobre Él ha reposado el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo colmó de espíritu de temor de Dios*<sup>27</sup>.

3. Pues bien, las mujeres, que buscan a quien tomar, *aferran las siete a un único hombre*<sup>28</sup>. También esto depende de lo anterior, y es necesario conocer cuándo las siete mujeres asumen al único hombre. Cuando hayan sido humillados los fuertes de Jerusalén, cuando hayan sido destruidos los cofres de los adornos de las hijas de Sión, cuando [Jerusalén] haya sido abandonada sola, cuando haya sido arrojada a tierra<sup>29</sup>; entonces *aferran las siete a un único hombre, diciendo: «Comeremos nuestro pan y vestiremos nuestros vestidos. ¡Pero que tu nombre sea invocado sobre nosotras!»*<sup>30</sup>. Entonces, las siete mujeres han aferrado y, verdaderamente, han sujetado a un único hombre: a Jesucristo Nuestro Señor, de acuerdo a aquello por lo cual es comprendido como «hombre», ha nacido y ha asumido un cuerpo<sup>31</sup>. *Siete mujeres aferran a un único hombre, diciendo: «Comeremos nuestro pan»*<sup>32</sup>. Andan muchos hombres, y las mujeres no aferran a ninguno, ningún hombre las complace. Aferran a un único hombre, no por la carencia de

hombres, sino por la particularidad del hombre que han deseado y buscado.

Han encontrado un único hombre, al que han aferrado para decirle: *Comeremos nuestro pan y vestiremos nuestros vestidos*<sup>33</sup>. Hay un cierto alimento de la sabiduría; del mismo modo, hay también un cierto alimento de la inteligencia y del resto de los espíritus. ¿Cuál es este alimento? No temo decirlo: un alimento distinto a éstos. Quizás, tal como mi alimento es la Palabra de Dios, que afirma: *Yo soy el pan vivo, que he bajado del cielo, y doy vida al mundo*<sup>34</sup>, así el alimento de la Sabiduría es el mismo Padre, por esto: *Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió, y cumplir su obra*<sup>35</sup>. «No se debe pensar que algo le falta a la Sabiduría, a la Inteligencia o a los demás espíritus porque tienen este otro alimento, en circunstancias que la naturaleza de Dios es el único alimento de toda la economía»<sup>36</sup>.

*Comeremos nuestro pan y vestiremos nuestros vestidos*<sup>37</sup>. Hay un cierto adorno con el que se decora la Sabiduría; la Sabiduría es adornada por la palabra. Cada una de estas mujeres posee adornos.

*¡Pero que tu nombre sea invocado sobre nosotras!, ¡quita nuestra injuria!*<sup>38</sup>. —¿Cuál es el nombre de la Sabiduría?

—Jesús. —¿Qué significa, *que tu nombre sea invocado sobre nosotras?* —Yo soy la Sabiduría, quiero ser llamada con tu nombre, para que yo, la Sabiduría, sea llamada Jesús; para que la Inteligencia, el gran Consejo, la Fuerza, la Ciencia, la Piedad y el Temor de Dios sean llamados «Jesús»; para que *todo en todos* se realice en tu nombre<sup>39</sup>.

*¡Que tu nombre sea invocado sobre nosotras!, ¡quita nuestra injuria!*<sup>40</sup>. Realmente Jesús quitó nuestra injuria. Por ello, puestos de pie<sup>41</sup>, oremos a Dios que envió este hombre y en Él ha permanecido el espíritu, que son las siete mujeres, para que este hombre nos conceda, también a nosotros, la comunión con estas mujeres, y, aferrándolas, lleguemos a ser sabios e inteligentes en Dios<sup>42</sup>, y las demás virtudes adornen nuestra alma en Cristo Jesús, a quien es la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. ¡Amén!

## HOMILÍA IV

1. Es imposible encontrar el principio de Dios<sup>1</sup>. El principio del movimiento de Dios nunca lo comprendes, no digo tú, sino ningún otro, ni cualquiera de los que existen<sup>2</sup>. Sólo el Salvador y el Espíritu Santo, que siempre han estado con Dios, ven su rostro<sup>3</sup>. Tal vez los ángeles, que ven continuamente el rostro del Padre, que está en el cielo, ven también el principio de sus acciones<sup>4</sup>.

Pero los serafines esconden también los pies [de Dios] a los hombres, pues las realidades últimas, tal como son, no pueden ser relatadas. *¿Quién describió las realidades últimas?*<sup>5</sup>, dice la Escritura. Lo que vemos —si admitimos que vemos algo—, son las realidades medianas. Lo que haya sido anterior al mundo, lo ignoramos; si bien hubo algo an-

terior al mundo. Lo que seguirá después del mundo, no lo comprendemos con certeza, pero habrá otras realidades después del mundo.

Se comprende, entonces, lo que fue escrito: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo, y el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas*<sup>6</sup>. Los mundos eran estas aguas en las que reposaba el Espíritu de Dios. Pero las tinieblas, que estaban sobre el abismo, no son ingénitas, pues ambos fueron creados de la nada<sup>7</sup>. Escucha a Dios que dice en Isaías: *Yo soy Dios, que hice la luz y creé las tinieblas*<sup>8</sup>. Escucha a la Sabiduría que proclama en los Proverbios: *Yo nací antes que todos los abismos*<sup>9</sup>. Estas realidades no son ingénitas, pero cuándo y de qué modo hayan nacido, lo desconozco<sup>10</sup>. En efecto, lo inicial de las obras de Dios, es decir, *el rostro de Dios*, es ocultado, por los serafines; y de modo semejante, también *los pies*<sup>11</sup>: ¿quién puede explicar aquellas realidades que existirán, por los siglos de los siglos, después del final de los siglos? Prometer conocimiento de aquellas realidades es propio de hombres charlatanes, que no saben que el hombre sólo es capaz de comprender las realidades medianas<sup>12</sup>. Y lo que sucederá

después del mundo, hasta la consumación en el juicio, acerca de las penas y de la retribución, mucho de eso también está escondido para nosotros<sup>13</sup>. Esto, a propósito de lo que está escrito: *con dos [alas] ocultaban el rostro*<sup>14</sup>.

Pero no sólo ocultaban, sino que también cubrían, es decir, ocultaban en modo que no se viera ni un poco de las realidades anteriores<sup>15</sup>, me refiero al rostro [de Dios]; ni tampoco se diese a conocer ni siquiera un poquito de las realidades últimas, es decir, de sus pies. *Y con dos [alas] volaban*<sup>16</sup>. Las realidades medianas están abiertas a la contemplación.

*Y clamaba uno al otro*<sup>17</sup>, no uno a varios, sino *uno al otro*. Pues nadie puede escuchar la santidad de Dios, proclamada por el Salvador, de acuerdo a su real dignidad, sino el Espíritu Santo. Tal como tampoco nadie puede acoger en sí la santidad de Dios, proclamada por el Espíritu Santo, sino sólo el Salvador<sup>18</sup>.

Por ello *clamaba uno al otro, y decían: ¡Santo, Santo, Santo!*<sup>19</sup>. No era suficiente para ellos decir *¡Santo!*, una sola vez, ni dos, sino que, para que manifieste la pluralidad de la santidad de Dios, toman el número perfecto de la Trinidad, que es la comunión de la santidad poseída tres veces<sup>20</sup>: a la santidad del Padre se le une la santidad del Hijo y del Espíritu Santo. *Pues tanto el santificador como los santificados, todos provienen de uno solo*<sup>21</sup>. El que santifica es el Salvador que, en cuanto hombre, recibe la santidad de parte de Dios Padre<sup>22</sup>. Pues bien, dicen: *¡Santo, Santo, Santo, Señor Sabaot!*<sup>23</sup>. Según lo que transmite Áquila<sup>24</sup>, Sabaot quiere decir Señor de los ejércitos.

2. *Toda la tierra llena de su gloria*<sup>25</sup>. En otro tiempo, la Casa estaba llena de gloria, pero ahora, a los que están sobre la tierra, les es profetizado por los Serafines que sucederá que Cristo llenará toda la tierra con la gloria de Dios. Puesto que en todos aquellos que, por su comportamiento, glorifican a Dios está la gloria de Dios, y así toda la tierra está llena de la gloria de Dios. En otro tiempo, no toda la tierra estaba llena de la gloria de Dios, sino un único rincón de la tierra, cuando se decía: *Dios es conocido en Judea, en Israel es grande su nombre*<sup>26</sup>. ¡Gloria a Dios, que envió a su Hijo para que toda la tierra llegara a estar llena de su gloria!

Pero, ¿de qué te aprovecha que la tierra esté llena de la gloria de Dios, a causa de las iglesias de los santos, que están por todas partes, si tú no eres partícipe de la plenitud de la gloria de Dios? También tú, entonces, trabaja y esfuézzate en todo buscando la gloria de Dios: un lugar en que habite [la gloria] y encuentre acogida también en ti, y te vuelvas tú también lleno de su gloria, junto con toda la tierra, en la que está la gloria de Dios<sup>27</sup>. ¿De qué modo se realiza, en cada uno de los nuestros, la plenitud de la gloria de Dios? Si aquello que hago y que digo se realiza para la gloria de Dios, mi palabra y mi acción se vuelven llenas de la gloria de Dios. Y si mis salidas y entradas son para gloria de Dios<sup>28</sup>; si mi alimento y bebida; si todo lo que ha-

go se realiza para la gloria de Dios, también yo soy partícipe de estos dichos: *La tierra está llena de su gloria*<sup>29</sup>.

Cuando haya hecho todo esto, entonces *el dintel se eleva por la voz con que clamaban*<sup>30</sup>. Bienaventurado es, en efecto, cada uno de nosotros de trabajar de tal modo que se vuelva partícipe de la puerta y del dintel de la puerta, que es, de acuerdo a la comprensión [espiritual], el Cristo en cuanto Dios. Pues no me parece inadecuado afirmar que la carne sea llamada *puerta* y el Verbo, *dintel*<sup>31</sup>.

3. *El dintel se elevó por la voz con que clamaban, y la Casa se llenó de humo*<sup>32</sup>, con este buen humo de la gloria de Dios. Y dije: ¡Miserable de mí, pues estoy afligido!<sup>33</sup>. Antes de tener la visión, oh Isaías, no te habías confesado miserable. Por el contrario, dice: *Mientras vivió Ozías, ni siquiera vino a mi mente que yo era miserable. Pues comienzo a conocer que soy miserable cuando tengo la visión, una vez que ha muerto para mí Ozías, el rey leproso, entonces digo: «¡Miserable de mí!»*<sup>34</sup>. Ahora también yo comienzo a confesar al Señor y a decir acerca de mí mismo: ¡Miserable de mí!, del modo como Isaías dice: ¡Miserable de mí! Algo cercano a esto dice también el Apóstol: *Soy un hombre miserable, ¿quién me liberará de este cuerpo de muerte?*<sup>35</sup>. Es muy bueno, entonces, que yo mismo me declare como miserable. Si me humillara y, arrepentido, llorara mis pecados, Dios me escuchará y me dará al liberador, entonces digo: ¡Gracias a Dios por Jesucristo, nuestro Señor!<sup>36</sup>. Pero, digamos de corazón:

*¡Miserable de mí!* Cada uno recuerde las causas de sus miserias y sus delitos, y declaremos, de pie para la oración, recordando como quien confiesa, pero olvidando como quien no lo volverá a cometer [los delitos], y digamos: *¡Miserable de mí, pues estoy afligido!* No estaba afligido antes de tener la visión, antes que hubiese muerto Ozías. Cuando comienza a hacer penitencia, inmediatamente, dice: *¡Pues estoy afligido!*<sup>37</sup>. Si alguien no tiene el sentido *de acuerdo al hombre interior*<sup>38</sup>, aunque sea pecador, no se aflige, sino que, tal como en los miembros exteriores: el cuerpo de los muertos no siente aunque lo punces, del mismo modo, si diriges palabras divinas al pecador, muerto por los pecados y que no hace penitencia, ni se aflige, ni se arrepiente, ni adquiere la tristeza que lleva a la confesión, la [tristeza] que es según Dios<sup>39</sup>. Pero si alguien quiere salvarse y escucha las palabras que lo acusan y lo corrigen, inmediatamente dice: *¡Miserable de mí!* No basta decir: *¡Miserable de mí!*, se le debe añadir: *¡Pues estoy afligido!* ¡Y ojala se aflija más todavía! Pues cuanto más nos afligimos, tanto más se nos sueltan las cadenas de los pecados. Por esto, aquel Ajab no consiguió gran beneficio, pues no se afligió mucho, sino que se afligió, pero una sola vez. Por esto fue dicho: *¡Viste de qué modo se afligió Ajab!*<sup>40</sup>. Pero si alguien llegara al punto de no cesar de afligirse, dice tal como el Apóstol: *No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios*<sup>41</sup>, y a mí, el menor de todos los santos, me fue dada esta gracia<sup>42</sup>, y también: *Fiel es Dios, porque Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero*<sup>43</sup>. ¿No ves que se afligió mu-

cho, no una vez, sino siempre: escribiendo, hablando y actuando? Tal como Isaías que dice en la presente [lectura]: *¡Miserable de mí, pues estoy afligido! Puesto que como soy hombre y tengo labios impuros, habito en medio de un pueblo que tiene labios impuros*<sup>44</sup>. Fíjate también en otra cosa: que los pecados de Isaías no eran de obras, sino sólo de palabras. Por ello dice: *Puesto que como soy hombre y tengo labios impuros*. Si bien también el pueblo tenía labios impuros, no era adecuado para Isaías acusar al pueblo y afirmar que en él había más pecados que el de los labios impuros.

4. *Y con mis ojos vi al Rey, al Señor Sabaot*<sup>45</sup>. Una vez que hayamos reflexionado acerca de Dios, aún siendo pecadores, también digamos lo que ahora dice el profeta: *Y fue enviado hacia mí uno de los Serafines*<sup>46</sup>. ¡Qué bueno es Dios! Él dice: *Porque escucho a Isaías que confiesa (pues dice: «¡Miserable de mí!»); porque escucho al arrepentido (dice, en efecto: «¡Estoy afligido!»); porque declaró sus propios delitos diciendo: «Como soy hombre y tengo labios impuros, habito en medio de un pueblo que tiene labios impuros», yo, [dice Dios], cuando todavía él esté hablando, le digo: «Aquí estoy», y fue enviado desde mí uno de los Serafines, que tenía un carbón en su mano*<sup>47</sup>. Un carbón es llevado para el profeta, para que, por medio de la quemadura del fuego, sean purificados sus labios que alguna vez habían pecado<sup>48</sup>.

¿Quién es este *uno de los serafines*? Mi Señor, Jesucristo. Él, de acuerdo con la economía de la carne, fue enviado con un carbón en su mano y diciendo: *Vine a traer fuego sobre la tierra, ¡y ojala ya ardiera!*<sup>49</sup>.

5. *Y me fue enviado uno de los serafines, y en su mano tenía un carbón que había tomado del altar con una tenaza*<sup>50</sup>. El profeta no es purificado simplemente con un fuego cualquiera, sino con aquel que proviene del altar de Dios. Si no has sido purificado con el fuego del altar, queda para ti aquel [fuego] del cual se ha dicho: *Apartaos de mí, al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles*<sup>51</sup>. No es ése el fuego que proviene del altar. Todos han de ser entregados al fuego, pero no todos a un único fuego: el fuego que proviene del altar espera a algunos; a los otros, aquel [fuego] que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles. ¡Que la palabra de corrección toque los labios de nuestra mente y de nuestra alma!, para que también nosotros digamos: *Y tocó mi boca*<sup>52</sup>. Si purificara mi boca al punto que no diga nada superfluo, nada insensato, nada indecente, nada burlón y, para decirlo de una vez, nada que está prohibido, entonces puedo decir: *Tocó mi boca*. Pero, mientras tenga labios impuros y surjan de mí cosas impuras, a causa de las palabras de pecado, el fuego del altar no me toca, ni es enviado a mí uno de los serafines.

6. *Y dijo: «He aquí que toqué estos labios tuyos, y quité tus iniquidades, y purifiqué prolijamente tus pecados»*<sup>53</sup>. Que la palabra divina nos aguijonee, que queme nuestras almas, y al escucharla, digamos: *¿No estaba ardiendo nuestro corazón, en nosotros?*<sup>54</sup>, para que sean quitadas nuestras ini-

quidades y también nuestros pecados, y vueltos puros, con una boca pura, un corazón puro y con una conciencia pura, demos gracias al Dios omnipotente, en Jesucristo, *de quien es la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.* ¡Amén!

## HOMILÍA V

*Acerca de lo que está escrito: «¿Quién elevó la justicia desde oriente?»<sup>1</sup>, y un nuevo tratamiento de «la visión».*

1. Dice el profeta que también existe una justicia viviente, a pesar de que nosotros creíamos que sólo por parte del Apóstol había sido dicho que Cristo es *Justicia, Santificación, Redención y Sabiduría*<sup>2</sup>. Pero, tal vez, instruido por el profeta, el Apóstol conoció que existe una justicia animada y viviente. ¿Qué es esta Justicia? Es el Dios Unigénito<sup>3</sup>. Pero, puesto que no surgió del Apóstol que Cristo es la Justicia, y Justicia viviente y subsistente, sino que encontrándolo en las palabras proféticas nos ha manifestado este misterio, sin duda, [lo ha sacado] del capítulo en que ahora se detiene nuestra lectura.

Dice, en efecto: ¿*Quién hizo surgir la justicia desde oriente y la llamó a sus pies*?<sup>4</sup>. Llamó a la justicia: es evidente que se trata de una Justicia animada, si al ser llamada viene. Pero, el Padre llamó a Cristo, porque a causa de nuestra salvación había recorrido el camino hasta nosotros

y había descendido del cielo hasta nosotros. *Nadie, en efecto, sube al cielo, sino el que desciende del cielo, el Hijo del hombre*<sup>5</sup>. Lo llamó desde el oriente, no de éste [oriente] sensible, sino desde el oriente de la luz verdadera. Por eso está escrito: *¿Quién hizo surgir la Justicia desde oriente y la llamó a sus pies?* El Padre llamó al Hijo, más aún, para que hablemos con verdad, Dios [llamó] al hombre; convocó la Justicia a sus pies, se refiere a la encarnación de su Hijo. Por ello adoramos también el estrado de sus pies, de acuerdo a lo que está escrito: *Adorad el estrado de sus pies, porque es santo*<sup>6</sup>, puesto que la carne del Señor recibe el honor de la divinidad<sup>7</sup>. Pero, dado que el inicio de esta lectura requiere una exposición más profunda, oremos al Rey supremo, para que la Palabra que, una vez llamada había partido, regrese nuevamente a nosotros, y podamos exponer lo poco que corresponde a nuestra capacidad.

2. *Sucedió que, en el año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre el trono excelso, y la Casa, llena de su gloria. Y los serafines estaban de pie en torno a Él, de seis alas uno, y seis alas el otro. Con dos [alas] ocultaban el rostro, con dos ocultaban los pies y con dos volaban. Y clamaban uno al otro, y decían: ¡Santo, Santo, Santo, el Señor Sabaot. Toda la tierra está llena de su gloria!, y lo que sigue*<sup>8</sup>. En verdad, para que también nosotros tengamos la vi-

sión que tuvo Isaías, clamemos a Jesús que concedió ojos a los que no veían<sup>9</sup>. Puede, en efecto, también ahora venir y actuar para que, con los ojos abiertos, contemplemos aquellas cosas que, en la lectura, son dichas acerca del misterio. Prometámosle, por nuestra parte, ya no hacer más del Cuerpo de Cristo el cuerpo de una prostituta<sup>10</sup>, ni hacer obras dignas de llanto. Cada uno de nosotros diga esto de corazón a Dios, y supliquemos para que su venida se realice también ahora. Puesto que no podemos ver estas [realidades] si no viene Jesús<sup>11</sup>.

Ruego para que también a mí sea enviado el Serafín y, con un carbón tomado con la tenaza, purifique mis labios. ¿Por qué digo labios? Isaías era santo y, por ello, sólo sus labios fueron purificados, pues sólo con los labios, es decir, con las palabras, había faltado. Pero, yo no soy tal como para poder decir: *Tengo labios impuros*. Temo que tenga corazón impuro, ojos impuros, oídos impuros y boca impura. Cada vez que pecco con todos ellos, estoy completamente impuro. Si viera una mujer con concupiscencia, cometo adulterio con ella en mi corazón: aquí están los ojos impuros. Si salieran de mi corazón malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, falsos testimonios: aquí está el corazón impuro. *¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian la paz, que anuncian el bien!*<sup>12</sup>. Pero, temo que yo corra al mal y tenga pies impuros. Extiendo a Dios mis manos y, tal vez, apartando su rostro, dice: *Si extendiereis las manos, apartaré mi ros-*

tro de vosotros<sup>13</sup>. ¿Quién, entonces, me purifica? ¿Quién lava mis pies? ¡Ven Jesús!, tengo los pies sucios; vuélvete esclavo por mí, pon tu agua en tu vasija, ¡ven!, lava mis pies. Sé que es temerario lo que digo, pero temo la reprobación del que dice: *Si no habré lavado tus pies, no tendrás parte conmigo*<sup>14</sup>. Por ello, lava mis pies, para que tenga parte contigo.

Pero, ¿por qué digo: lava mis pies? Pedro puede decir esto, el que no necesitaba sino que le fueran lavados sólo sus pies, puesto que todo él estaba puro. Pero yo, que he sido lavado una vez, requiero aquel bautismo, acerca del cual el Señor dice: *Yo tengo que ser bautizado con otro bautismo*<sup>15</sup>. ¿Por qué dijimos esto? Me preparo, tanto a mí como a los oyentes, a misterios mayores, si acaso viene, si desciende a nosotros la Palabra de Dios. Temo, en efecto, que [la Palabra] huya de mí, y que también me niegue la bendición. La Palabra, en otro tiempo, huyó del pueblo por causa de Acán, un único pecador. La Palabra huyó del pueblo –decía– por causa de un pecador, Achar, hijo de Zambri, hijo de Zara, de la tribu de Judá, que fue desobediente a Dios y por eso fue declarado anatema<sup>16</sup>. Y puesto que ahora hay mucha gente por ser viernes, y aún más en el día domingo, que es la conmemoración de la pasión de Cristo –pues, la resurrección del Señor no se celebra una sola vez en el año, ni tampoco siempre, sino cada ocho días–, orad al Dios omnipotente para que venga a nosotros su Palabra<sup>17</sup>.

Incluso si sois pecadores, orad; Dios escucha a los pecadores. Que si teméis aquello que es dicho en el evangelio: *Sabemos que Dios no escucha a los pecadores*<sup>18</sup>, no tengáis miedo, no creáis, pues el que dijo esto era ciego. Creed más a aquel que habla y no miente: *Si vuestros pecados fueran como escarlata, los blanquearé como lana. Y si quisierais y me escucharais, comeréis de los frutos de la tierra*<sup>19</sup>. Si queréis escuchar incluso ahora, oremos en común al Señor para que al menos ahora, gracias al Verbo que viene, seamos capaces de aplicarnos a los dichos proféticos.

3. *Sucedió* –dice–, *en el año en que murió el rey Ozías, que vi al Señor Sabaot sentado sobre un trono elevado*<sup>20</sup>. La visión está asignada [a Isaías]. ¿Por qué está señalado el tiempo del rey?<sup>21</sup>. Prestad atención al momento en que surgió la visión: cuando murió el rey Ozías, Isaías vio al Señor Sabaot sentado sobre un trono elevado. Si alguno de los que están aquí supiera quién fue Ozías y qué hizo, aquel puede saber qué enseñó el profeta, por el Espíritu, y qué nos muestra a nosotros la Palabra divina.

Debo ir a la vida del rey Ozías e indagar, a partir de los libros de los reyes y de la historia de las crónicas, acerca de Ozías. Y allí veo que, para que se realice que vea al Señor Sabaot sentado sobre un trono elevado, es necesario que muera para mí el rey Ozías. Este Ozías, que desciende de la semilla de David y que reina el pueblo de Judá, hizo lo que es recto ante el Señor mientras vivió *Zacarías el entendido* (así, en efecto, está escrito en el segundo libro de las Crónicas)<sup>22</sup>. No sien-

do esto suficiente, hizo grandes candelabros para el Señor y arregló el Templo de Dios, y fueron muchas sus virtudes en la religión. Pero cuando murió *Zacarías el entendido*, entonces [Ozías] hizo el mal. ¿Quieres saber qué mal hizo? Era rey, no sacerdote (uno es el orden real, otro el orden sacerdotal), quiso entrar en el Templo, tomar el lugar del sacerdote y realizar una función que no le había sido permitida. Entró, adelantándose a los sacerdotes, y tomó el vaso de la libación. Pero entró también el sumo sacerdote, que había en aquel tiempo, y ochenta sacerdotes con él. El sumo sacerdote le dijo: *¿No eres tú Ozías y no un sacerdote?* Ozías persistió violentamente, y la lepra brotó en su frente. Afligido como un muerto salió del Templo, el Señor lo hizo salir. Pues se volvió leproso por la trasgresión de la ley<sup>23</sup>.

Cada uno está bajo un reino: ya sea el del pecado, ya sea el de la justicia. Si el pecado reina para mí, soy uno de aquellos reyes de Israel que violentamente entraron al Templo. Si soy justo, en la medida de mi progreso, hago lo que es recto y persevero en la presencia de Dios, la justicia reina para mí. Pero, mientras vivió el leproso, Isaías tuvo labios impuros; mientras vivió el inicuo, Isaías no pudo ver al Señor Sabaot y tuvo labios impuros, puesto que estaba bajo un rey inicuo.

Pero, ¿cuándo comienza a ver la visión de Dios? El año en que murió Ozías. Podrás aprender cosas semejantes a ésta a partir de muchos otros textos de las escrituras, si Dios lo concede. En el Éxodo, está escrito algo por el estilo: *Y sucedió, después de algunos días, que murió el rey de Egipto, clamaron los hijos de Israel, y subió su clamor a Dios*<sup>24</sup>. Mientras vivió el Faraón, no clamaron los hijos de Israel y, sometidos al castigo, ni siquiera tuvieron libre facultad pa-

ra clamar. Pues vivía el rey que les exigía tanto realizar los ladrillos como [obtener] la paja. Mientras vivió el Faraón no clamaron a Dios. Cuando murió el Faraón, entonces fueron capaces de elevar las bocas mojadas por el llanto. En nuestro pecho, vive un rey maligno, mientras vive el Faraón, el diablo. Entonces, estamos dedicados a los ladrillos y la paja; entonces, tragamos en el silencio las lágrimas y realizamos las obras iniciales de la iniquidad. Pero cuando haya muerto, al ser visitados por el Señor Dios, entonces clamamos al Señor.

Por ello, oremos, para que muera el reino del pecado, que está en nuestro cuerpo mortal. En efecto, dice [Pablo]: *El pecado ha muerto, pero yo reviví*, y nuevamente: *El pecado revivió, pero yo morí*<sup>25</sup>. Una vez muerto el que está en posesión del reino del pecado, Ozías, muere también el Faraón. Cuando muere el rey malo, alzo mis ojos al cielo y Dios escucha mi voz, como a Abraham, Isaac y Jacob. Entonces, veo al Señor Sabaot sentado y reinando sobre un trono elevado, que el pueblo no vio mientras Ozías no había muerto.

Quiero proponer algún ejemplo positivo, contrario a lo anterior. Este mismo Ozías, mientras vivió *Zacarías el entendido*, no cometió pecados ante Dios. Una vez muerto Zacarías, se apartó del Señor, y rigió al pueblo y reinó la ciudad. Leyendo estas cosas día y noche, y escuchando al Señor que dice: *Debiste poner el dinero en el banco, y yo, al volver, podría haberlo exigido con intereses*<sup>26</sup>, no conservemos

el talento confiado en un paño, ni pongamos el dinero en el banco, sino que prestémoslo a interés al pueblo. Y cuando nosotros hayamos prestado a vosotros la medida del Señor, habrá que ver, de qué modo devolveréis el crédito con las ganancias<sup>27</sup>. ¡Amén!

## HOMILÍA VI

*Acerca de lo que está escrito: «¿A quién enviaré y quién irá?», hasta el lugar en donde dice: «Y se conviertan y que yo los sane»<sup>1</sup>*

1. Viendo, Isaías, al Señor Sabaot sentado sobre un trono excelso y elevado, viendo también a los serafines alrededor de Él, y habiendo recibido la remisión de los pecados, por medio de ese fuego tomado del altar, que, por el contacto, purificó sus labios, [Isaías] dice que él escuchó la voz del Señor que decía, no ordenando, sino estimulando: *¿A quién enviaré y quién irá a ese pueblo?*<sup>2</sup>. Luego dice que él respondió al Señor: *Aquí estoy, envíame*<sup>3</sup>. Habiendo llegado a este pasaje y examinando lo que ha sido escrito, encuentro que una cosa hizo Moisés y otra distinta, Isaías. Moisés, en efecto, elegido para conducir al pueblo fuera de la tierra de Egipto dice: *Procúrate otro para enviar*<sup>4</sup>, y parece contradecir a Dios. Pero Isaías, sin ser elegido, pero escuchando: *¿A quién enviaré y quién irá?*, dice: *Aquí estoy, envíame*<sup>5</sup>.

Luego, *comparando las cosas espirituales con las espirituales*<sup>6</sup>, corresponde investigar quién de los dos haya actuado mejor: Moisés, quien después de ser elegido se negó, o Isaías, quien sin siquiera ser elegido, se ofreció para ser enviado al pueblo. De hecho, no sé si alguno, estando atento a esta contrariedad de asuntos que aparece entre ambos, pueda decir que Moisés haya hecho lo mismo que Isaías<sup>7</sup>. Por lo tanto, actuó audazmente al comparar dos varones santos y bienaventurados, y al deliberar y decir que Moisés actuó de modo más prudente que Isaías. Pues Moisés consideraba la magnitud de estar al frente del pueblo para sacarlo de la tierra de Egipto, y rechazar los encantamientos y maleficios de los egipcios, por esto dice: *Procúrate otro para enviar*<sup>8</sup>. El otro, en cambio, sin esperar oír lo que le sería ordenado decir una vez elegido, responde: *Aquí estoy, envíame*<sup>9</sup>. De donde se sigue que, puesto que dice: *Aquí estoy, envíame* ignorando lo que le sería mandado, se le ordena que diga estas [palabras] indeseables para quien las debía decir. No era acaso indeseable que inmediatamente mandado a profetizar, comenzara con maldiciones diciendo: *Con el oído escucharéis, pero no entenderéis, y viendo, trataréis de distinguir, pero no veréis; pues, está endurecido el corazón de este pueblo*<sup>10</sup>, etc. Pues bien –si conviene hablar

con atrevimiento—, quizá como pago de su temeridad y audacia fue enviado a proclamar lo que no quería profetizar. Ahora bien, puesto que hemos comparado a Isaías con Moisés, hagamos otra comparación cercana: Isaías y Jonás<sup>11</sup>. Uno es enviado a predicar la ruina que les sobrevendría a los ninivitas al cabo de tres días, y le aflige partir al no querer ser causa de males para la ciudad. El otro, en cambio, sin esperar lo que le iban a pedir que dijera, afirma: *Aquí estoy, envíame*.

Es bueno no precipitarse hacia esas dignidades, presidencias y ministerios de la Iglesia, que provienen de Dios. Ojalá imitésemos a Moisés y dijésemos con él: *Procúrate otro para enviar*<sup>12</sup>. En efecto, el que quiere ser salvado, aún si preside, no aspira a la presidencia en la Iglesia, sino al servicio. Si es oportuno decirlo también a partir del Evangelio: *Los príncipes de los pueblos los dominan, y quienes tienen poder sobre ellos son llamados magistrados, pero no será así entre vosotros*<sup>13</sup>. En efecto, tampoco dominen los que presiden entre vosotros, sino que quien quiera ser el mayor entre vosotros, será el más pequeño de todos, quien quiera ser el primero habrá de ser el último de todos<sup>14</sup>.

El que es llamado al episcopado, no es llamado a la presidencia, sino al servicio de toda la Iglesia. Si quieres creer, a partir de las escrituras, que en la Iglesia el que preside es siervo de todos, que te convenza entonces el mismo Salvador y Señor, que siendo tan extraordinario se volvió, *en medio de los discípulos, no como el que se sienta a la mesa, si-*

*no como el que sirve*<sup>15</sup>. En efecto, tomando un paño después de haberse quitado el manto, se ciñó y, echando agua en una vasija, comenzó a lavar los pies a los discípulos y a secarlos con el paño con que se había ceñido<sup>16</sup>. Y, enseñando que convenía que los que presiden fueran tal como siervos, dice: *Vosotros me llamáis «Maestro» y «Señor», y decís bien, pues lo soy. Si yo, entonces, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros*<sup>17</sup>. Por consiguiente, el que preside la Iglesia es llamado al servicio, para que pueda ir desde ese servicio al trono celeste, tal como está escrito: *Os sentaréis sobre doce tronos a juzgar a las doce tribus de Israel*<sup>18</sup>.

Pero escucha también a Pablo, un varón tan ilustre, diciendo que es siervo de todo creyente: *Yo, en efecto, soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios*<sup>19</sup>. Si esto no te parece que sea prueba de su actitud de servidor, sino sólo de su humildad, escúchalo cuando dice: *Nos hemos hecho como niños en medio vuestro, tal como lo hace una madre que cuida con cariño a sus hijos, cuando pudimos haber sido importantes, como apóstoles de Cristo*<sup>20</sup>.

Nos conviene, por lo tanto, ser imitadores de los humildes discursos y acciones del mismo Señor y de sus apóstoles, y hacer lo que fue hecho por Moisés de manera que si incluso alguno fuese llamado a la presidencia diga: *Procura-te otro para enviar*. Dice [Moisés] a Dios: *No soy digno, ni ayer, ni antes de ayer, soy débil de voz y torpe de lengua*<sup>21</sup>.

Y, porque dijo con humildad: *Soy débil de voz y torpe de lengua*, escuchó de parte de Dios: *¿Quién ha dado boca al hombre y quién lo ha hecho sordo y mudo, vidente o ciego? ¿No he sido acaso yo, el Señor Dios?*<sup>22</sup>. Cree en Dios y conságrate a Él. Es posible que seas de voz débil y torpe de lengua, entrégate a la palabra de Dios. Después dirás: *Abrí mi boca y atraje al Espíritu*<sup>23</sup>. Esto [ha sido dicho] a propósito de lo que afirma Isaías: *Aquí estoy, envíame*<sup>24</sup>.

2. Pero, pongámonos también de parte de [Isaías]. En efecto, cuando ya había recibido la gracia de parte de Dios, no quiso recibirla en vano, sino usarla para lo necesario. *Viendo a los serafines, viendo al Señor Sabaot sentado sobre un trono excelso y elevado, dijo: «¡Miserable de mí, pues estoy afligido! Puesto que como soy hombre y tengo labios impuros, habito en medio de un pueblo que tiene labios impuros, y con mis ojos vi al Rey, al Señor Sabaot»*<sup>25</sup>. Diciendo esto y declarándose miserable, merece el auxilio de Dios que acoge su humildad. ¿Cuál es ese auxilio? *Fue enviado hacia mí –dice– uno de los serafines, que tenía un carbón en la tenaza, que había tomado del altar. Y tocó mis labios diciendo: «He aquí que quité tus iniquidades y purifiqué prolijamente tus pecados»*<sup>26</sup>. Consiguió el beneficio, habiendo sido purificado y recibiendo la remisión de sus pecados. Cuando hubo escuchado: *¿A quién enviaré a este pueblo?, ¿quién irá de parte nuestra?*, no fue a causa de [su] primera conciencia que se atrevió a decir<sup>27</sup>: *Aquí estoy, envíame*, sino porque había escuchado: *He aquí que quité tus iniquidades*.

Por tanto, puesto que los santos se arrepienten y estamos indagando [la diferencia] entre Moisés e Isaías, cumplamos con Moisés y también con Isaías, dándoles, a partir de las Escrituras, a cada uno lo que le corresponde.

Moisés no recibió la remisión de los pecados, como para poder decir *envíame*, como si ya tuviese conciencia de estar limpio. Por esto dice: *Procúrate otro para enviar*. Pues tenía en la conciencia el asesinato del egipcio y, quizá, como hombre, sabía que él tenía algunos otros pecados, y a causa de esto recusa. El otro, por el contrario, no pide el ministerio como quien se considera justo por naturaleza<sup>28</sup>, sino como quien ha alcanzado la gracia. Si también Moisés hubiese gustado la misma gracia y hubiese escuchado: *He aquí que quité tus iniquidades y purifiqué prolijamente tus pecados*, tal vez jamás habría dicho: *Procúrate otro para enviar*. Luego, tiene algo de razón, tanto Moisés que se niega como Isaías que dice: *Aquí estoy, envíame*<sup>29</sup>.

3. Pero, revisemos también lo que ordenó el Señor para que fuera dicho al pueblo: *Anda, y di al pueblo: «Oiréis con el oído, y no entenderéis, y viendo, distinguiréis, pero no veréis»<sup>30</sup>. Pues, se ha endurecido el corazón de este pueblo y, con sus oídos, han escuchado con dureza y han cerrado sus ojos, para que no vean con los ojos, ni escuchen con los oídos, ni comprendan con el corazón, ni se conviertan y yo los sane»<sup>31</sup>.*

Sabiendo que la audición de las palabras tiene dos sentidos, y conociendo su doble constitución, es decir, uno de ellos es corporal y el otro espiritual<sup>32</sup>, se dirige al pueblo profetizando acerca de lo que iba a pasar en la venida de Cristo, porque habría un tiempo cuando escucharían y no comprenderían estas cosas, puesto que cuando escucharan a mi Señor Jesucristo, escucharían solamente el sonido de los dichos, pero no su sentido. Y esto queda de manifiesto a partir del hecho que hacia afuera, al pueblo, [Jesús] hablaba en parábolas; a los discípulos, en cambio, se las explicaba en secreto<sup>33</sup>. [Isaías], entonces, profetiza lo que aconteció: *Con el oído oiréis y no entenderéis*. Además, que esto sea profetizado al pueblo en relación a la venida del Señor, lo dice el mismo Salvador: *Bien profetizó Isaías acerca de vosotros diciendo: «Oiréis con el oído y no entenderéis»*<sup>34</sup>. Concedamos, por tanto, que el pueblo que escuchaba con atención no podía comprender las palabras dichas por el Señor.

Pero veamos qué significa lo que sigue: *Y viendo, veréis pero no comprenderéis*<sup>35</sup>. Ni siquiera el que vio las cosas que hacía el Salvador, de inmediato, viendo, pudo entender por qué fueron hechas. Tomemos un ejemplo: *Lavó los pies de los discípulos*<sup>36</sup>: y ciertamente veían bien cómo el Maestro lavaba los pies a los discípulos, e incluso lo veían los otros que estaban presentes, sin embargo sólo veían lo que hacía, pero no por qué lo hacía. [Lo que hacía,] en efecto, era una comparación del lavado de los pies con que el

Verbo de Dios lavó los pies de los discípulos<sup>37</sup>. Por esta razón, el Salvador le habla a Pedro, que se negaba y decía: *No me lavarás los pies*<sup>38</sup>. ¿Qué le dice? *Lo que hago tú no lo puedes entender ahora, lo entenderás más tarde*<sup>39</sup>. ¿Qué haces, por tanto, ahora? –dice Pedro–, *te veo a ti, lavando nuestros pies y, preparada una vasija y, habiéndote ceñido con un paño, sirviéndonos y secando nuestros pies*. Pero, dado que no era éste el asunto, sino que el Salvador, despojado de las vestiduras, deposita agua espiritual en una vasija, según las Escrituras, y lava los pies de los discípulos, para que una vez purificados, asciendan hasta aquel que dice: *Yo soy el camino*<sup>40</sup>, pero no llenos del polvo que ordenó sacudir ante aquellos que eran indignos, los que no recibían la paz, ni eran dignos de lo que les había sido dicho<sup>41</sup>, y puesto que era esto lo que significaba, por eso dice: *Lo que hago, tú no lo puedes entender ahora, lo entenderás más tarde*<sup>42</sup>.

Pero queda lo dicho en el resto: *Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy. Si, en efecto, yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros*<sup>43</sup>. ¿Dice esto, entonces, para que el obispo, vaciando agua en una vasija, despojado de sus vestiduras y ceñido con un paño, lave mis pies, que yo extiendo, puesto que vosotros –dice– debéis lavaros los pies unos a otros? Si en esto consiste lo que se dijo, ninguno de los nuestros observará el mandato, pues nadie, sea diácono, presbítero u obispo, tomando un paño, le ha lavado los pies a cualquiera que llega. Pero, si com-

prendes lo que ha sido escrito, los que en verdad son santos obispos, que sirven a la Iglesia, depositan el agua de las Escrituras en la vasija del alma, según las Escrituras, y buscan lavar, enjuagar y arrojar lejos la suciedad de los pies de los discípulos. Y de este modo los obispos guardan el mandato, imitando a Jesús, y así también los presbíteros.

Ojalá también yo reciba ahora el agua que pueda lavar los pies de vuestra alma, de manera que cada uno de vosotros pueda decir, cuando haya sido lavado: *He lavado mis pies, ¿cómo los voy a volver a ensuciar?*<sup>44</sup>. Esto dice, en efecto, la esposa en el Cantar de los cantares, no mostrando limpios los pies corpóreos, sino los pies que no tropiezan, acerca de los cuales dice Salomón: *Que tu pie no tropiece*<sup>45</sup>, sobre los que también en los Salmos está escrito: *Pero casi vacilaron mis pies*<sup>46</sup>, y además, dice [la Escritura], han sido constituidas viudas en las Iglesias *las que han lavado los pies de los santos*<sup>47</sup>. Pero si quieres oír más claramente cómo la viuda lava los pies de los santos, escucha a Pablo en otro pasaje cuando instituye a las viudas y dice: *Que enseñen de buena manera, de modo que hagan virtuosas a las jóvenes, lavando la suciedad de los pies de las jóvenes*<sup>48</sup>. Y

viudas dignas de reconocimiento eclesiástico son éstas: cualquiera de las que lava los pies de los santos con la palabra de la doctrina espiritual. Pero no de los varones santos, sino de las mujeres; pues, *no permito que las mujeres enseñen ni que dominen a los hombres*<sup>49</sup>. [Pablo] quiere que las mujeres sean buenas maestras para persuadir a la castidad no a los jóvenes, sino a las jóvenes –no es apropiado, por cierto, que una mujer se vuelva maestra de un hombre–, para que persuadan a las jóvenes a la castidad y *a amar a sus maridos y a sus hijos*<sup>50</sup>. Aprendamos, pues, a lavar los pies de los discípulos. Estas cosas han sido dichas a causa de esto: *Viendo, veréis y no comprenderéis*, puesto que cuando algo era realizado por el Salvador, era visto con el cuerpo, pero no era visto con la mente por aquellos que no comprendían. En cambio, por los que comprendían, ciertamente era visto con los ojos, pero también era visto con el intelecto<sup>51</sup>. En modo que lo dicho: *Viendo, veréis y no comprenderéis*, no se cumple en los que ven santamente, sino en los pecadores.

Pero, viendo todo lo de los evangelios, oramos para que lo veamos de dos maneras: del modo como sucedieron corporalmente, cuando nuestro Salvador descendió a la tierra, pero, ciertamente, las acciones que se realizaba en el cuerpo era también semejanza y figura de cada una de las rea-

lidades futuras<sup>52</sup>. Así, por ejemplo: un cierto ciego de nacimiento recuperó la vista. Pero, en verdad, este ciego de nacimiento era el pueblo de los gentiles, al que el Salvador devolvió la vista, ungiendo sus ojos con su saliva y enviándolo a Siloé, que significa «enviado». Pues, a aquellos que había ungido con el Espíritu, para que creyeran, los enviaba a Siloé, es decir, a los apóstoles y maestros, por eso está escrito acerca de Siloé que significa enviado<sup>53</sup>. Y cada vez que comenzamos a ser visitados por Jesús, para que recibamos los ojos del alma, somos enviados a Siloé, es decir, al enviado. Que cada uno de nosotros, entonces, cuando lee esas cosas que sucedieron en los evangelios, ore para que no se cumpla también en él aquello de: *Viendo, veréis y no comprenderéis*.

4. Pero si, como piensan los simplones, aquellas cosas que acontecieron, no sucedieron *a causa nuestra*<sup>54</sup>, sino que sólo sucedieron, y no eran ejemplos de otra cosa; que expongan, pues, de qué modo tiene sentido lo que está escrito: *Viendo, veréis y no comprenderéis*. Puesto que si aquellas cosas que eran vistas no tenían otro sentido sagrado, para que fuesen examinadas con los ojos carnales también de modo espiritual, nunca se habría dicho: *Viendo, veréis y no comprenderéis*.

Como prueba de esto, tomemos un testimonio de otro escrito del evangelio, que, según aquellos que sólo siguen la letra, es falso<sup>55</sup>. En el evangelio según san Juan, nuestro Señor y Salvador dice a los discípulos: *Si creyeráis, no sólo realizaríais las cosas que yo hago, sino que incluso realizaríais mayores que estas*<sup>56</sup>. Veamos, por tanto, si alguna obra mayor han realizado los discípulos.

¿Qué hay más grande que resucitar a un muerto? ¿Y quién –y no digo de nosotros sino de los apóstoles– ha resucitado un muerto? La historia relata que Pablo había resucitado de entre los muertos a Eutico, y Pedro a Tabita, que significa gacela<sup>57</sup>. Puedes encontrar, en efecto, esas y otras por el estilo, pero, ¿dónde están las mayores? Con todo, el Salvador también hizo ver de nuevo a los ciegos, y lo que es más grande, a algunos que habían nacido así: muéstranos qué ciegos de nacimiento, curados por mano de los apóstoles, han cobrado la vista. Y, el que busca, puede encontrar muchísimas otras cosas en los evangelios, que ni los apóstoles ni sus sucesores hicieron cosas mayores a ellas.

En verdad, la palabra de la escritura habló en este sentido: *Realizaréis cosas mayores de las que yo realicé corporalmente. Yo hice resurgir corporalmente de entre los muertos, vosotros haréis resurgir espiritualmente de entre los muertos. Yo infundí esta luz sensible en los ciegos, vosotros daréis la luz espiritual a los que no ven.* ¡Hasta el día de hoy, yo veo que, por medio de los muy fieles discípulos de Jesús, se realizan estos signos, mayores que los signos corporales que hizo Jesús! ¿No es cierto que ahora los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son sanados, y se realiza

el resto, cuando aquél que ayer estaba enceguecido recurriendo a los ídolos como a Dios, hoy invoca al Dios vivo, abandonado lo anterior? ¿No es cierto que el que ayer era cojo por el pecado, ahora camina por el camino verdadero, con pie firme, instruido por la doctrina de los discípulos? ¿Y el que ayer tenía la mano seca y ociosa para practicar el bien, hoy ha recuperado la mano viva? Si vieras a alguien impuro, y que tiene lepra en el alma, arrepentirse de pronto, compungido por la palabra de la doctrina, no te incomode decir que es mayor que este leproso haya sido espiritualmente purificado, que cualquier otro lo haya sido corporalmente. Y, ciertamente, esta homilía se ha extendido con amplitud, deseando mostrar qué significa lo que está dicho: *Viendo, veréis y no comprenderéis*.

5. Pero, ¿cuál es la causa de que el que oye no comprenda, y el que ve no vea? *Se ha endurecido* —dice— *el corazón de este pueblo*<sup>58</sup>. Pero si es necesario comprender también de dónde proviene esto, [hay que saber que] no es lo mismo la dureza corporal que la espiritual, ni es la misma la blandura corporal que la espiritual. En efecto, lo que corporalmente es duro, se verifica en la carne, y en nada me daña si el corazón carnal se endurece; ni tampoco me beneficia si se ablanda a causa de alguna enfermedad o por cualquier otra causa. Eso le sucede, creo, al corazón carnal de los que son abrazados por el miedo. De la misma manera, los que se debilitan enteros por la enfermedad, según dicen, disminuye tanto la dureza como la grasa que está alrededor del corazón de ellos<sup>59</sup>. Pues, ¿en qué me daña si se endurece mi corazón corporal? ¿Que se ablande, entonces, mi corazón!, ¿pero qué provecho saco de ello?

Pero, como un modo de hablar, con el nombre del corazón corporal se denomina el principio rector de nuestra alma<sup>60</sup>, como queda de manifiesto a partir de lo dicho en el Evangelio: *Felices los de corazón limpio*<sup>61</sup>, pues no son de *corazón limpio* los que en su interior no tienen sangre o cualquier otra cosa de materia corporal. Sino que se ha dicho: *Felices los de corazón limpio* por el hecho de que son felices los que tienen un corazón limpio, habiendo nombrado el principio rector del alma al puesto de «corazón».

Pues bien, puesto que el principio rector de nuestra alma, que se dice que reside en el corazón corpóreo, está puro o impuro; entonces nuestro corazón está impuro cuando de él salen malos pensamientos: homicidios, adulterios, robos, el falso testimonio, blasfemias<sup>62</sup>; en cambio, está puro cuando [de él salen] pensamientos santos, comprensiones divinas y una mente pura. A causa de esto, se debe pensar que se dice que el que es salvado ha sido ablandado por su espíritu que es sutil y santo; en cambio, el que peca se ha endurecido por la malicia y es ahogado por ella. En efecto, se habla acerca del santo espíritu, el que concuerda con la Sabiduría, porque es *unigénito, múltiple, sutil, móvil*, y porque el

justo recibe este *espíritu sutil*.<sup>63</sup> Este espíritu se distingue, por cierto, de *todos los espíritus intelectuales, puros y sutiles*<sup>64</sup>.

Por lo tanto, el principio rector es blando, porque es espiritual; en cambio, es duro por el hecho de que se ha vuelto tosco por el vicio de la materia corporal, lleno de los pensamientos corpóreos que son reprobables. En este sentido se dice: *Se ha endurecido el corazón de este pueblo*<sup>65</sup>.

Comprende a partir de la frase: *Se ha endurecido el corazón*, que nada hay en él excepto preocupaciones humanas y carnales. En efecto, tal como la materia del cuerpo es dura, así también lo son las comprensiones y pensamientos corpóreos.

Por ello, dado que hay dos propuestas: que el corazón se endurezca por los afanes seculares o que se ablande por las preocupaciones espirituales, cuando alguno medita las cosas del Señor, arrojando la dureza del corazón y sabiendo que si su corazón se endurece ni acogerá las palabras de Dios ni verá el misterio de la salvación, renunciemos a la dureza y asumamos aquella que ha sido llamada blandura, para que también nosotros, tal como los profetas, digamos: *Mi alma ha estado sedienta de ti, cuánto más mi carne, en tierra desierta, intransitable y reseca, así me he presentado ante ti en el Santuario*<sup>66</sup>, no como si fuera santo por natu-

raleza<sup>67</sup>, sino que cuando la prudencia de la carne se haya debilitado y haya desaparecido, entonces *me presentaré ante ti en el Santuario*. [Hemos dicho] esto como explicación de la sentencia: *Se ha endurecido el corazón de este pueblo*<sup>68</sup>.

6. Pero sigue: *Con sus oídos escucharon torpemente*<sup>69</sup>. Nada me perjudica si corporalmente soy torpe para escuchar, y esto no llega a ser causa que no escuche las palabras de Dios. Así como nada me perjudica la ceguera corporal, si no se enceguece mi alma. De este modo, ni la presteza ni la torpeza del oído corporal me estorban<sup>70</sup>. Pero hay un tipo de torpeza de oído que perjudica al alma humana. ¿Cuál es esta torpeza que se da en el oído del alma? El pecado, que según las Escrituras, es torpe. Por esto dice uno que percibe sus pecados: *Como una carga pesada pesan sobre mí*<sup>71</sup>. Y puesto que la iniquidad es pesada, por esto *está sentada sobre una medida de plomo*, como está escrito en Zacarías<sup>72</sup>. De hecho, los egipcios *fueron sumergidos como plomo en el agua tumultuosa*<sup>73</sup>, no porque tuviesen cuerpos pesados, sino porque sus almas se habían vuelto pesadas por la medida de plomo sobre la cual estaba sentada la iniqui-

dad: por esto *fueron sumergidos como plomo en el agua tumultuosa*<sup>74</sup>.

Luego, la torpeza de los oídos proviene del pecado y la presteza, de la justicia. ¿Qué hace al oído no escuchar torpemente, sino con presteza? Las alas del Verbo, las alas de la virtud. En efecto, las alas del Verbo proporcionan mucha ligereza. ¿*Quién me diera alas de paloma para que descanse?*<sup>75</sup>. Esto dice el profeta orando, no para recibir alas corporales de paloma, sino las alas de la paloma del Espíritu Santo<sup>76</sup>. Y, nuevamente, dice Salomón acerca del rico: *Compone para sí alas como de águila y se vuelve a la casa de aquel que lo supera*<sup>77</sup>. Si aceptamos, pues, las alas, oiremos con presteza; pero si pecáramos y fuéramos negligentes en lo que se refiere a las alas, y perdiéramos nuestras alas, nos volveremos torpes y oiremos con torpeza. Pues los pecadores, con sus oídos, escucharon torpemente.

Por cierto, todos los judíos que en aquel tiempo escucharon al Salvador, lo escucharon torpemente y, por lo mismo, no creyeron. Hasta hoy, cuántos hay que escuchando las Escrituras no han oído la palabra espiritual, que es ligera, sino que torpemente escuchan la letra, que es pesada y que mata<sup>78</sup>. Y así la Escritura es escuchada de dos maneras: es escuchada torpemente por aquel que no entiende lo que es dicho; en cambio por aquel que la comprende, no sólo no la escucha torpemente, sino incluso con

agudeza, por lo cual el que escucha llega también a ser uno que comprende<sup>79</sup>.

7. Y además se profetiza otra cosa acerca del pueblo judío y de todos nosotros si pecáramos: *Y cerraron sus ojos para que nunca vean con sus ojos, ni escuchen con oídos, ni entiendan con el corazón*<sup>80</sup>. De los que no ven, algunos son ciegos y no ven a causa de la ceguera; otros están en tinieblas y por eso no ven; otros, en cambio, ni están en tinieblas, ni son ciegos, sino que no ven porque cierran los ojos. La Escritura divina conoce estas diferencias, que residen en nuestro principio rector. En efecto, el Salvador dice: *A los que están entre cadenas: «Salid», y a los que están en tinieblas, que les sea quitado el velo*<sup>81</sup>, y: *A los que yacían en la región y en las sombras de la muerte, una luz les ha nacido*<sup>82</sup>. Por esto ellos no veían: porque estuvieron en tinieblas hasta que nació la luz para ellos. [Dice también:] *Sordos, escuchad, y ciegos, ved*<sup>83</sup>. Algunos no vieron porque eran ciegos de modo natural. Pero los que no se encuentran en este caso y, en comparación con los ciegos y con los que yacen en tinieblas son mucho peores, son aquellos que no ven por lo siguiente: porque voluntariamente cerraron los ojos<sup>84</sup>. Y que esto es tal como lo hemos afirmado, el Salvador me será testimonio cuando dice: *Si fueseis ciegos, no tendrías pecado, pero ahora decís que veis, permanece vuestro pecado*<sup>85</sup>. Y lo dice con pre-

cisión: *decís que veis*. Pues verdaderamente dicen que ven y tienen la posibilidad de ver, pero, cerrando los ojos, no ven. Si en algún momento vieras un alma con talento para comprender, veloz y ágil, que no medita las palabras de Dios, ten claro que no es por causa de la ceguera que no ve aquello que está contenido en las Escrituras, ni tampoco porque esté en tinieblas, sino porque cierra los ojos.

Por lo tanto, si escucharas la Escritura que les dice a los que cierran los ojos: *Abre tus ojos, y ve lo recto*<sup>86</sup>. Abre los ojos a aquello que lo habías cerrado, y entonces podrás ver lo recto y contemplar la luz de la verdad.

Si bien [la Escritura] les reprocha a aquellos acerca de los que se investiga, porque cierran los ojos para no ver, sin embargo, ello no implica que no convenga, a veces, cerrar los ojos del alma. Conviene, en efecto, como lo pone de manifiesto Isaías diciendo lo que sigue: *¿Quién anunciará a vosotros el lugar eterno? El que camina en la justicia y habla de la vía verdadera y recta, cerrando los oídos, para no escuchar el juicio sanguinario, cerrando los ojos para no ver la iniquidad*<sup>87</sup>. Si sucediera que, abriendo los ojos del alma, escuchara y percibiera palabras infames, es mejor cerrar el oído que oír y comprender lo que daña. Entonces, ¿cuándo cierro? Cuando se dicen cosas malas, para no entenderlas. Cuando se deben ver las palabras de Dios, nos convertimos y Dios nos sana enviando la Palabra que sana a los que quieren ser curados en Cristo Jesús<sup>88</sup>, de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. ¡Amén!

## HOMILÍA VII

*Acerca de lo que está escrito: «He aquí, yo y vris hijos, los que Dios me dio», y lo que sigue<sup>o</sup>*

1. *Da ocasión al sabio, y será más sabio<sup>2</sup>*, dice la palabra divina. Acogiendo la ocasión que nos da el santísimo Apóstol para comprender las palabras proféticas, oremos a Dios para que recibamos sabiduría y podamos llegar a ser más sabios para explicar a los profetas, por la ocasión que nos dan los apóstoles.

El Apóstol recuerda esta afirmación: *He aquí, yo y mis hijos, los que Dios me dio*, luego añade y explica: *Ya que los hijos tienen en común la sangre y la carne, también Él entró en comunión con aquellos que tienen en común las mismas, para destruir, por la muerte, al que tiene el imperio de la muerte, es decir, al diablo; y liberar a aquellos que, por temor de la muerte, durante toda la vida, estaban sujetos a la esclavitud<sup>3</sup>*. En efecto, ya que los hijos fueron hechos partícipes de la sangre y de la carne, también nuestro Salvador participó de la sangre y de la carne. Si bien, asumir la sangre y la carne era ajeno a su naturaleza y a su divinidad, de todos modos, por causa nuestra, asumió lo que le era aje-

no, para hacernos familiares suyos, que nos habíamos hechos ajenos por causa del pecado<sup>4</sup>.

Y ya que el Apóstol explicó [el texto] de esta manera, al decir: *Ya que los hijos tienen en común la sangre y la carne, también Él entró en comunión con aquellos que tenían en común las mismas*, yo debo decir que, tal como *los hijos tienen en común la sangre y la carne, también Él entró en comunión con aquellos que tenían en común las mismas*, así también, ya que los niños no pueden oír palabras más fuertes —deben, en efecto, escuchar las palabras de Dios como niños<sup>5</sup>—, por esta causa se hizo [de la misma] sangre de los niños, que tienen en común la carne y la sangre, hablándoles como a niños, no les habla lo divino e inefable, sino aquello que los niños pueden acoger<sup>6</sup>.

Ahora bien, todos los hombres son niños si los comparas con la perfección del Verbo. Aunque nombres a Moisés; o hablaras de alguno de los profetas; o de Juan [Bautista], respecto del cual ninguno fue mayor de entre los nacidos de mujer; aún si vienes a los apóstoles, a Pedro, sobre quien no prevalecerán las puertas del infierno, o Pablo, que fue llevado al tercer cielo y escuchó palabras indecibles<sup>7</sup>; no rebajas su gloria diciendo que incluso ellos, en lo

que comprendieron, comparado con lo que no comprendieron, han sido instruidos en disciplinas de niños, que se les concede a los hombres.

Luego, el Salvador dice, no acerca de aquellos que Pablo llama niños en Cristo, y afirma que deben ser alimentados con leche y no con alimento sólido<sup>8</sup>, sino acerca de todos los hombres a la vez: *He aquí, yo y mis niños, los que Dios me dio*<sup>9</sup>. De hecho, tal como entre los niños unos son más listos que otros, y siguen más rápidamente aquello que se les transmite, así, me atrevo a decir, que Moisés, los profetas e incluso los apóstoles del Señor Jesucristo se parecen a niños inteligentes. Por ello, experimentando ellos mismos que, incluso cuando progresaban, hacían progresos de niños, dijeron: *Conocemos parcialmente, y parcialmente profetizamos*<sup>10</sup>. Pues no contemplaban aún las realidades de la verdad, sino las sombras de las realidades; no contemplaban la luz plena, sino la imagen oscura. Por ello repetían: *Ahora, en efecto, vemos por un espejo y en enigma, entonces [veremos] cara a cara*<sup>11</sup>.

Leyendo y comprendiendo estos pasajes, ¿quién se hinchará y se ensalzará acerca del conocimiento, o acerca de cualquiera de los demás carismas? Verdaderamente, dado que lo que ha llegado hasta los niños es muy inferior a lo que ha sido reservado a los adultos, no deben ensalzarse ni ensoberbecerse aquellos que, entre los niños, parecen los más agudos de inteligencia y más veloces. Pero [el apóstol]

designa con estos niños a todos los hombres que el Salvador señalaba diciendo: *He aquí, yo y mis niños, los que Dios me dio.*

También el Salvador recibió un don, pues nadie viene a Él, si aquel que lo envió no lo hubiese atraído a venir al Salvador, tal como hemos aprendido en el evangelio según Juan<sup>12</sup>. Y puesto que recibió como un don del Padre a aquellos que creen, por ello mismo, profetizando acerca de ellos, dice: *He aquí, yo y mis niños, los que Dios me dio.* «No se debe pensar que el que recibió no poseía, puesto que el mismo que ha dado, todavía posee»<sup>13</sup>.

2. Posteriormente en el resto, profetiza el Salvador, por medio del profeta, diciendo que sucederá que, cuando reciba los niños, habrá signos y prodigios en Israel<sup>14</sup>. Dice así: *Y habrá signos y prodigios en Israel por parte del Señor Sabaoth, que habita en el monte Sión*<sup>15</sup>. Pues, el que habita en el atalaya y puede contemplar la verdad en cada alma, éste realiza signos y prodigios por medio del Salvador y, después del Salvador, por medio de los apóstoles. Dios, que en aquel tiempo realizó signos y prodigios, no permanece ocioso: también ahora los realiza dondequiera se encuentra un alma apta para el ministerio de los signos y portentos de Dios, ya sea por medio de curaciones espirituales, o bien, sensiblemente, para exhortar a la fe a los que ven [las curaciones].

*Y si os dijieran: «Buscad a los adivinos y a los que claman desde la tierra, que dicen cosas vanas, que hablan des-*

de el vientre», ¿acaso los gentiles no consultan a su Dios?, ¿por qué consultan a los muertos acerca de los vivos?<sup>16</sup>. Prestad atención que [estas palabras] han sido dichas de modo oscuro, y el sentido, si es concedido y revelado por Dios mismo, debe estar en coherencia con lo anterior. Pues, nos enseña que no seamos discípulos de otras palabras, sino de las celestiales y buenas. Hay, en efecto, algunos que pregonan y prometen la doctrina verdadera, pero que no hablan de las cosas del cielo, sino de la tierra. *El que es de la tierra, habla acerca de la tierra; el que viene del cielo, está sobre todos, da testimonio de lo que ha visto y oído*<sup>17</sup>. Dice [el Salvador]: Si alguno dijera a los niños que creen en mí: *Buscad a los adivinos y a los que claman desde la tierra, que dicen cosas vanas, que hablan desde el vientre, como si dijera: Buscad a los demonios* (pues a partir de una especie de demonios, los adivinos, ha nombrado de modo metafórico, a todos los demonios). *Si os dijieran: «Buscad a los adivinos», es decir: Buscad en los demonios ya sea la adivinación, la verdad, o la contemplación sagrada, respondedles esto que digo. ¿Y qué es lo que les enseña? Lo dice a continuación.* Pues hay algunos que, en cuanto depende de ellos, os envían hacia los adivinos a vosotros, pero sobre todo a los catecúmenos. Los que quieren que vosotros vayáis a los ídolos, de los cuales está escrito: *Todos los dioses de los gentiles son demonios*<sup>18</sup>, quieren que vosotros vayáis no sólo a los adivinos, sino a toda clase de demonios. Por el contrario, ¿que nuestro Dios, que realiza lo que quiere en el cielo y en la tierra, nos arranque de los demonios y nos haga familiares suyos, por nuestro Salvador Jesucristo! Estad aten-

tos para que nunca sea engañada el alma de alguno de los vuestros, y ni siquiera discuta o dude cuando haya escuchado a éste o a este otro hombre: Por aquel ídolo un demonio curó esa enfermedad; y predijo esto o lo otro<sup>19</sup>. Todos estos son ídolos de los demonios y de los hombres que no conocen la verdad.

Elevad, entonces, el espíritu a aquel que es creador de todo, y comparad esta piedad con todo lo que es proclamado como piedad, y no es piedad, ¡y ved que vosotros sois bienaventurados! En efecto: *¿Quién, es semejante a ti, pueblo salvado por el Señor?*<sup>20</sup>. Y: *Bienaventurada la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que se eligió como herencia*<sup>21</sup>. Puesto que la nación de los judíos fue bienaventurada, pero perdió su bienaventuranza y fue expulsada de su lugar, pues, tramando una insidia, asesinó a aquel que fue enviado y que contó con el testimonio del Padre, no sólo por medio de la Ley y los profetas, sino incluso con signos y prodigios. La bienaventuranza pasó entonces a nosotros, los discípulos de Jesucristo: en Él creemos sólida y firmemente, viviendo de acuerdo a lo que se nos ha enseñado.

3. *Y si os dijieran: «Buscad a los adivinos y a los que claman desde la tierra, que dicen cosas vanas»*. Ha mencionado los adivinos. Toda palabra que se dice, o está vacía o está llena de verdad. Vacía es toda palabra mentirosa; por el contrario, está llena de verdad la palabra que tiene el conocimiento del Dios universal, y enseña que creamos a Dios que promete el reino de los cielos a sus santos. Entonces, presta atención a lo que digan los que no dicen cosas vanas, ni jamás se presentaron vacíos ante el Señor Dios: *To-*

*dos nosotros de su plenitud hemos recibido*<sup>22</sup>. Todos los que dicen cosas vanas no [las] reciben *de su plenitud*, sino que todos están vacíos de Verdad, están vacíos de Virtud y están vacíos de Cristo.

*Si os dijieran: «Buscad a los que claman desde la tierra, que dicen cosas vanas, que hablan desde el vientre»*. Quiero declarar también la causa por la cual el oráculo preferentemente ha abordado este demonio: el de los adivinos, al punto que dice: *Si os dijieran: «Buscad a los adivinos»*. Encontrarás a todos aquellos que prometen la verdad, y que no la tienen, que sirven su vientre y, de algún modo, hacen todo en función del deleite y la riqueza<sup>23</sup>. Pero no sólo paganos, sino también aquellos que, aún cuando prometan piedad en Cristo, son herejes. Y no sólo ellos, sino también entre nosotros, que pertenecemos a la Iglesia, encontrarás a alguno que soporta todo en función de la satisfacción del vientre, para ser honrado y recibir un cargo, de los que son confiados en la Iglesia. Este tal habla desde el vientre y la fuente de sus palabras radica en el vientre<sup>24</sup>. Pues la fuente de sus palabras no brota desde el corazón, no brota de los buenos pensamientos ni del Espíritu Santo. Si alguna vez, en efecto, alguien se ofrece para enseñar, observad si acaso sus palabras tienen o no su origen en el vientre.

Pero, yo mismo voy a citar un versículo que se me puede oponer; no sea que alguno de vosotros, escuchándolo de otro, considere o que la Escritura se contradice o que nosotros no examinamos cómo se deba valorar la palabra que acusa a *los que hablan desde el vientre*. ¿Cuál es, entonces, este versículo? *Si alguno cree en mí —dice— brotarán ríos desde su vientre, una fuente de agua que salta hasta la vida*

eterna<sup>25</sup>. Pues alguno de los que argumentan puede decir: si el Salvador promete una fuente de agua desde el vientre, que salta hasta la vida eterna, [entonces,] sale desde el justo y el justo *habla desde el vientre*, puesto que la fuente de agua, que promete el Salvador, está en su vientre. Pero, se debe argumentar, si acaso no tengamos dos vientres: uno corporal y el otro espiritual, tal como reciben un nombre el resto de los miembros visibles del cuerpo<sup>26</sup>: como los ojos, pues unos son del cuerpo, otros los del alma. En efecto, si se dice de los ojos: *El mandamiento del Señor es radiante e ilumina los ojos*<sup>27</sup>, no creo que esto se refiera a los ojos corporales; y si se dice: *El que tenga oídos para oír, que oiga*<sup>28</sup>, no se debe pensar que esto se dice acerca de los oídos del cuerpo, sino del alma, que poseen los que son limpios en la escucha del alma. Pero si incluso se dice como promesa: *Tu pie no tropezará*<sup>29</sup>, no se debe juzgar que esto se dice acerca del pie del cuerpo, pues hay cierto pie del corazón que avanza en aquel que dijo: *Yo soy el Camino*<sup>30</sup>.

Así, en efecto, al vientre corporal es semejante el vientre del alma, acerca del cual dice el justo: *Por tu temor, Señor, concebimos en el vientre, engendramos y dimos a luz el espíritu de tu salvación, que creaste sobre la tierra*<sup>31</sup>. Pero cualquiera que tenga el vientre lleno de palabras vacías, que provienen de la tierra, tiene un vientre que toma su consistencia de la tierra, acerca del cual está escrito: *Pero Dios destruirá este y aquel*<sup>32</sup>. Luego, los santos tienen un vientre en

el cual, por el temor del Señor, incluso concibieron, y su vientre está lleno de fuentes que saltan hasta la vida eterna. Acerca de este vientre dice él: *Y mi vientre como odre lleno de mosto mezclado*<sup>33</sup>. Ciertamente, no dijo estas cosas acerca del vientre corporal, pues su vientre corporal no estaba lleno de realidades divinas o con realidades semejantes al vino mezclado en el odre. Esto [ha sido dicho] como solución del versículo.

4. Regresemos ahora al asunto que hemos abordado. Si –entonces– os dijieran: «*Buscad a los adivinos y a los que claman desde la tierra, que dicen cosas vanas, que hablan desde el vientre*», respondedles esto: «*¿No consultan acaso los gentiles a su Dios?*»<sup>34</sup>. En realidad, de modo elíptico se expresa lo siguiente: *Respondedles esto: «¿Acaso no recurren los gentiles a su Dios?»*<sup>35</sup>. Respondedles esto: Cada nación, cuando indaga, somete al propio dios lo que indaga. Pero vosotros, israelitas, poseyendo al Dios verdadero, que está por sobre todo, cuando consultáis, no busquéis adivinos, ni aquellos que hablan desde la tierra, ni los que dicen palabras vanas, sino al propio Dios.

¿*Por qué consultan a los muertos acerca de los vivos?*<sup>36</sup>. Pues los muertos son los demonios, que carecen de la verdadera Vida, la que dice: *Yo soy la Vida*<sup>37</sup>. No interroguéis a los muertos acerca de los asuntos de vivos, pues habéis recibido una ley<sup>38</sup>. ¡Oh vosotros, a quienes [la palabra] no pudo convencer, en lo que se refiere a que buscarais res-

puestas en los adivinos y vanas palabras en los que hablan desde la tierra, prestad atención a la Palabra de verdad y a la Ley, recibéndola como ayuda a vuestra ley<sup>39</sup>! En vuestra ley está escrito: *No vayáis tras los ídolos*<sup>40</sup>; actuando de acuerdo a la ley, no prestéis atención a los adivinos, ni a aquellos que claman desde la tierra. *Pues, dio la ley como ayuda, para que digan: «¡No hay como esta palabra, que no tiene precio!»*<sup>41</sup>. El que ha aceptado la ley y comprendió que la ley, principalmente la espiritual, existe como ayuda, que prohíbe los adivinos y los auspicios, ése, cuando haya comprendido la ley, admirándose de ella, debe decir que no hay ninguna palabra en el mundo, entre los griegos o los bárbaros, como la Palabra de la ley.

La Ley, que nos ha sido dada por Dios, difiere de toda palabra y de toda enseñanza que promete la verdad. *Pues, dio la ley como ayuda, para que digan: «¡No hay como esta palabra!»*. ¿Qué significa que no hay como esta palabra? Hay muchas palabras, pero ninguna como esta palabra. Pues no hay ninguna palabra después de la palabra de Moisés, después de la palabra de los profetas, pero mucho más, después de la palabra de Jesucristo y sus apóstoles. Fíjate si no es la Mente de Dios la que gritó lo que se ha dicho<sup>42</sup>: *Pues, dio la ley como ayuda, para que digan* –los que han aceptado la ley como ayuda–: *«¡No hay como esta palabra!»*, tal como dijo Moisés sobre la ley *dada por los ángeles, en manos del mediador*<sup>43</sup>.

Pero la Iglesia puede decir esto de modo mucho más digno: *No hay como esta Palabra*, que se hizo carne, que habitó entre nosotros y de la que contemplamos la gloria, no cubierta por un velo, sino la gloria como del Unigénito del Padre, llena de gracia y de verdad<sup>44</sup>. *No hay como esta Palabra* que la Iglesia ha acogido, en la que cree y por la cual incluso será salvada. La Palabra, que en el principio era junto a Dios como Dios, la Palabra a quien sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. ¡Amén!

## HOMILÍA VIII

*Acerca de lo que está escrito: «Aullad, estatuas, en Jerusalén y Samaria», hasta aquel pasaje en que dice: «Y sacudiré las ciudades habitadas»<sup>1</sup>*

1. En otro tiempo, cuando el pueblo anterior pecó, se apartó de la religión, Judá fabricó estatuas en Jerusalén y el que era llamado Israel fabricó estatuas en Samaria. Pero, también hoy, si alguno considera a los pecadores, en cuanto la multitud que conforman, no le será difícil decir que cada uno de los que endiosan lo que les place y que sirven al pecado está maldito, pues fabrican estatuas, funden obras de mano del artesano y las ponen en lo escondido. De hecho, cuando pecamos, fabricamos muchos ídolos en lo escondido del corazón. De ahí que la palabra nos enseña a arrepentirnos y a aullar ante las estatuas y los ídolos que hay en Jerusalén y Samaria. Si pecamos nosotros, que deseamos ser de la Iglesia, fabricamos estatuas en Jerusalén; pero si pecaran aquellos que se han establecido fuera de la Iglesia, tal como los herejes, fabrican ídolos en Samaria. Sin embargo, Dios, de acuerdo a su bondad, llama a todos a la conversión, diciendo: *Aullad, estatuas, en Jerusalén y Samaria. Pues, tal como traté a Samaria y a las obras de sus manos, así haré con Jerusalén y*

*sus ídolos*<sup>2</sup>. Amenaza, con aquello que hizo a los samaritanos, también a los que son de la Iglesia.

*Pero cuando el Señor haya concluido todo lo que está haciendo en el monte Sión y en Jerusalén, se dirigirá al gran Intelecto, el príncipe de los asirios, y a la altura de la gloria de sus ojos*<sup>3</sup>. Somos instruidos acerca de lo que sucederá a nuestro enemigo el diablo, que ahora la profecía ha llamado una suerte de gran intelecto. Del mismo modo que *la serpiente era la más sabia de todas las bestias que estaban en la tierra*<sup>4</sup>, y *los hijos de este siglo, en su generación, son más sabios que los hijos de la luz*<sup>5</sup>, y el administrador injusto actuó de modo más sabio<sup>6</sup>, de acuerdo a una mala sabiduría, de la misma manera éste, que figuradamente es llamado el príncipe de los asirios, es el gran Intelecto y es admirada la grandeza de su intelecto, que ha sido mal usado para instruir a los sabios de este mundo, los cuales, articulando con toda apariencia de verdad y toda virtud, exponen la falsedad de sus sectas. Luego, cuando el Señor haya hecho todo en el monte Sión y en Jerusalén<sup>7</sup>, y haya restituido aquello que fue prometido a los justos, entonces, *se dirigirá al gran Intelecto, el príncipe de los asirios, y a la altura de la gloria de sus ojos*<sup>8</sup>. La palabra reconoció que él ha gustado cosas altas y que el inicio de su ruina tuvo origen en el orgullo. Por lo cual, si también nosotros nos enorgulleciéramos, caeríamos en el juicio del diablo, en el cual cayó el mismo diablo.

2. Pero, examinemos también su orgullo, ¡cuánto es!, para que estemos en guardia frente a él y no permitamos que el [diablo], respecto de nosotros, tenga razón en lo que dice. ¿Y qué dice? *Actuaré con fuerzas, y con la sabiduría de la inteligencia arrancaré los confines de las naciones*<sup>9</sup>. [El diablo] considera que, con su fuerza, él puede realizar en nosotros lo que quiere<sup>10</sup>. Y, realmente, si después de [escuchar] estas palabras somos vencidos y pecamos; si después de la iglesia nuevamente vamos al circo, a las carreras de caballos y a los convites de los paganos, ¿qué otra cosa sucede sino que [el diablo] nos posee como a vencidos?

Y aquello que el diablo dijo: *Actuaré con fuerzas*, se verifica en nosotros cuando realizamos los pecados con que amenaza. Más aún, si fornicáramos después de un largo tiempo de castidad, después de mucha santidad, ¿qué otra cosa sucede sino que se demuestra verdadero lo que ha dicho acerca de nosotros el que afirmó: *Actuaré con fuerzas*?

Pero examinemos qué otra cosa prometa aún este charlatán: *Y con la sabiduría de la inteligencia arrancaré los confines de las naciones*<sup>11</sup>. No reconozco la sabiduría que ofrece, y acerca de la cual habla también el profeta: *En ellos hay una cierta sabiduría ajena*<sup>12</sup>. Hay una sabiduría extraña a la verdad, que Dios destruye. Éste que la posee piensa que él es sabio, y dice: *Con la sabiduría de la inteligencia arrancaré los confines de las naciones, y devastaré sus fuerzas*<sup>13</sup>. Pues, la actividad del [diablo] alcanza a todas las naciones, pe-

ro el Salvador, enviando sus palabras a todas las naciones, libera a aquellos que en todas las naciones permanecían cautivos por el diablo.

*Y devastaré sus fuerzas*<sup>14</sup>. Amenaza que él va a saquear nuestras fuerzas y entregarlas a los que luchan contra nosotros. Y en verdad se le puede ver haciendo esto con algunos. En efecto, cuando alguno es vencido por el diablo y es entregado a los demonios de malos espíritus, a las potencias enemigas, ¿qué otra cosa sucede sino que aquel que había dicho *y devastaré sus fuerzas*, tomando nuestras fuerzas nos ha devastado?<sup>15</sup>

*Y removeré las ciudades que habitan*<sup>16</sup>. También esto amenaza el diablo: distingue las ciudades que son habitadas: las iglesias de Dios edificadas en Cristo, el Señor, y vocifera que él las removerá. Y, por cierto, frecuentemente ha sacudido las ciudades habitadas, por medio de las persecuciones y, frecuentemente, por medio de escándalos. Pero nosotros, edificados sobre roca<sup>17</sup>, intentemos llegar a ser tales que aquel que dice *removeré las ciudades que habitan* no sea capaz de movernos, ni por sus tormentas, ni por sus vientos adversos, sino que, frente a todo lo que suceda, perseveremos estables, puesto que estamos edificados sobre la roca [que es] Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. ¡Amén!

## HOMILÍA IX

*Acerca de lo que está escrito: «Y escuché la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré y quién irá a este pueblo?», y avanzando un poco llega hasta el lugar en que está escrito: «Pide para ti una señal al Señor, tu Dios, hacia lo bajo o hacia lo alto»<sup>1</sup>*

*Y escuché la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré y quién irá a este pueblo?» Y dije: «Aquí estoy, envíame». Y dijo: «Anda y dile a este pueblo: Escucharéis con el oído, pero no entenderéis»<sup>3</sup>, y el resto. A propósito de esta palabra del profeta Isaías, que ahora ha sido leída, oremos a Dios para que nos conceda la gracia de que seamos capaces de exponer cosas dignas por el espíritu profético.*

*Y escuché la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré?»<sup>4</sup>. Después que fueron purificados los labios del profeta, una vez preparado, asumió el servicio de Dios y dijo: *Aquí estoy, envíame*. Sin embargo, para que estuviese mejor preparado al servicio, había recordado la voz de Moisés. El cual, sin valerse<sup>5</sup> de la misma expresión «envíame», se hizo jefe y juez del pueblo<sup>6</sup>, y fue llamado servidor de Dios.*

Pero yo escuché un cierto hebreo que exponía este pasaje y que decía que el profeta, de buena gana y bien preparado, recibió la profecía para el pueblo ignorando lo que se le diría; más tarde, escuchando las cosas tristes que debían ser anunciadas al pueblo, es decir: *Escucharéis con el oído, pero no entenderéis*<sup>7</sup>, etc., se volvió más negligente en lo sucesivo: cuando la voz de Dios lo dijo: *Grita*, le respondió diciendo: *¿Qué gritaré?*<sup>8</sup>.

Considero, sin embargo, que esto ha sido profetizado acerca del Salvador, porque iba a suceder que *escuchando no escucharían y viendo no verían*<sup>9</sup>. En lo sucesivo, se vuelve más claro lo que se dice si consultamos un breve texto: *Mirando, trataréis de distinguir, y no veréis*<sup>10</sup>. Así es la cosa: ciertamente, en aquel tiempo, los judíos veían en comparación con los ciegos, pero ignoraban el sentido de lo que veían; escuchaban las parábolas que el Salvador explicaba en secreto a los discípulos, pero que ellos mismos no escuchaban, al desconocer lo que se decía. Por esto, dando testimonio de ellos, [el Salvador] dijo: *¡El que tenga oídos para oír, que oiga!*<sup>11</sup>. Ciertamente, ellos no carecían de oídos como para que no oyeran, sino que sus oídos interiores estaban endurecidos para oír. Por esto les predice, y por medio del profeta anuncia lo que va a suceder, diciendo: *Escucharéis con el oído, pero no entenderéis, y viendo, trataréis de distinguir, pero no veréis. Pues, está endurecido el corazón de este pueblo*<sup>12</sup>. Examinemos qué significa esto que se ha

dicho: *El corazón de este pueblo está endurecido*. Todo el que se vuelca a los cuidados de la vida presente, tiene el corazón endurecido; no diversamente aquellos que permanecen en las cosas del siglo tienen el corazón endurecido, como si estuviera atormentado por espinas<sup>13</sup>. Por ello el corazón se vuelve tosco y no puede acoger las nociones de un espíritu sutil.

Huyamos, entonces, de tales cuidados, para que nuestro corazón, ya adelgazado, se vuelva aceptable a Dios. Huyamos de los asuntos terrenales, éstos son, en efecto, los que endurecen el corazón. Por esto, la palabra de Moisés era sutil, como está escrito de él en el Éxodo, que dice: *Soy sutil de voz y torpe de lengua*<sup>14</sup>. Quienes, por una semejante sutileza, llegaran a ser puros de corazón, éstos verán a Dios<sup>15</sup>. Con esos ojos se ve a Dios.

Son tres cosas las que se dicen: *Pues, está endurecido el corazón de este pueblo, y con sus oídos escucharon pesadamente y cerraron sus ojos*<sup>16</sup>. Pero, de otra manera se puede entender más claramente lo que se dice en este pasaje. En efecto, muchos de entre los hombres pretenden que, mirando las creaturas y examinando este mundo, ellos [realmente] ven estas realidades. ¿Y por qué hablo de los hombres? He aquí que las aves y los cuadrúpedos ven el sol, la luna y la totalidad del cielo, a una con el coro de las estrellas, pero no perciben sus razones; en realidad, sólo los justos y santos, que comprenden por el Logos de la Sabiduría

de Dios, ven estas [razones]<sup>17</sup>. Por ello, en el salmo octavo, dice David: *Puesto que veré tus cielos, la obra de tus dedos, la luna y las estrellas que creaste*<sup>18</sup>. ¿Que acaso el profeta ahora no ve el cielo y la luna? Pero si examinamos esto que dice: «Veré», podremos comprender.